VICENTE BASSO MAGLIO

el azahar y la rosa

Obras de
V. BASSO MAGLIO

El diván y el espejo
(Poesía, 1917)

Canción de los
pequeños círculos
y de los grandes
horizontes
(Poesía, 1927)

La expresión heroica
(Prosa, 1928)

Tragedia de la imagen
(Prosa, 1929)

Antología poética
(1958)

Vicente Basso Maglio

EL AZAHAR Y LA ROSA

PROLOGO DE ESTHER DE CACERES

Carátula de José Pedro Costigliolo

Homenaje al Poeta Basso Maglio (*)

En un trance desde cipreses dije una vez con versos doloridos mi recuerdo y sueño del Rey poeta llorando por la muerte de un amigo:

"... y el arpa de David calla entre heridas, alas y brisas...".

Ahora es Vicente Basso Maglio quien se alejó de nosotros por un camino de sombra y soledades. Y todo el aire se ha estremecido hasta quedar mudo, mientras la primavera se asomaba velada por las lágrimas. Porque un gran poeta, que vivió escondido en sí mismo y por sí mismo, deja de cantar y de decir su fe. Que así vivió Basso Maglio su más acendrada y verdadera vida: en celda, canto y fe, como un salmista.

Por eso pudo decirme en una carta hace muchos años, publicada en una Antología de su tiempo:

> *"Como poeta soy la fe. La fe establece la diferencia absoluta, total, entre el conocimiento limitado o la verdad temporal y el conocimiento creador. Y en este conocimiento por la fe, profecía y poesía significan lo mismo". "La poesía es ese único conocimiento creador, que tiene que ser ya musical".*

Así declaraba lo que en sus versos se percibe como raíz de la expresión cantada: la experiencia interior revelada por vía musical y por vía de la imagen, llegando al aire delicado en que los medios se transfiguran sin perder su misterio ontológico.

La poesía de Basso Maglio aparece con una dorada madurez en su libro Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes. *Allí está todo el ser del poeta, su revelación. Allí le cono-*

cimos: y desde que apareció ese libro, la afirmación del autor y sus valores quedó plantada en el mundo, como un árbol. Eran unos poemas plenos de riqueza, de fina música, de imágenes generosas. Y a pesar de esa gran riqueza, la presencia espiritual del creador asomaba conteniendo cualquier abuso de la forma, defendiendo a la obra contra aquellos peligros inherentes a la grave confusión de medios con fines. Con un raro equilibrio él salvaba el riesgo que Baudelaire señaló, afrontando con heroísmo y saber dos grandes amenazas: la supremacía del espíritu o la supremacía de la realidad.

* * *

Estaba en esos cantos el poeta que se anunciaba en el hermoso poema "El laurel" *de su primer libro, y el poeta que se transformaría en un peregrino del canto llano, del arte simple; y también el poeta que glosando la hermosa lección de Eugenio D'Ors, descubre sus propias claves en* La expresión heroica *señalándonos la diferencia esencial entre la "claridad difícil" y la "claridad fácil".*

Y ya le conocimos. Para lo cual no era necesario saber su alma dramática, ni aquella "duda heroica" que Basso separó con frase inolvidable de "la vacilación sin fuego" y que hacía de él la criatura crucificada que sabemos.

Ni era necesario escucharle cuando encendía el aire con su voz, tendida como una espada quemante de amor, en los días de guerra, de tiranía, de injusticia. Bastaba leer los poemas de "Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes" *para tener la* feliz certidumbre de aquella alma, para saber que en esos versos *cantaba uno de los más grandes poetas de nuestra lengua.*

Hasta los que amamos la poesía desnuda, la de los medios pobres, nos sentimos conmovidos por el arte logrado de esa Canción. *Había allí, antes que la música de las palabras, un movimiento profundo, también musical, cada vez más descubierto y caracterizado por los críticos; ese "canto sin sonido, inaudible al oído, que testimoniaba la presencia de un poeta"; ese canto "que en la poesía clásica no se da, supeditado a lo conceptual, y que en la poesía moderna pasa a primer plano". Es la música, que en Basso Maglio nos llega a través de un trabajo fino y terco, de una delicada atención al oficio, de una tensa vigilancia para mantenerse fiel a la intuición poética. Un sentido del matiz y un exquisito buen gusto amortiguaba la riqueza: y nos reconciliaban con la generosa inspiración, con los pródigos símbolos, con la muy acariciadora música.*

Pero todavía hay más. ¿Qué centella cruza súbitamente el aire cuando leemos esos versos de Basso Maglio?

El Tú *que aparece en ellos es un* Tú *tan intenso y tan tocado por la experiencia íntima, que su resplandor domina todas las imágenes y los hallazgos musicales del lenguaje. Ese* Tú *nos conduce a la fuente de las formas prístinas. Tal ese el poder de la Poesía, cuando ella es auténtica y fiel, y por eso reconocible solamente para los seres auténticos y fieles.*

El Tú *de aquel libro precioso es el* Tú *de los grandes poetas místicos. Confiere una condición misteriosa y sagrada a esos poemas, y los lleva a una soledad de alta estirpe.*

Muy lejos de ese sentido esencial aparecieron imitadores y críticos que confundían lamentablemente la gran riqueza de aquel estilo con la hazaña retórica.

El poeta, que estudió con lucidez y sutileza, en un capítulo de La expresión heroica, *la influencia de Rubén Darío en la poesía hispano americana, ejerció a su vez, una influencia intensa en nuestro medio. Pero por desdicha ella se produjo en muchos casos según modos serviles o parciales. Y entre los imitadores —conscientes o no de su dependencia— hubo los que sólo siguieron la línea exterior de esa poesía, sin saber que ella se apoya en la íntima experiencia intransferible de donde nacen los símbolos.*

Frente a todo eso, Basso Maglio sabía muy bien, con una grave conciencia de verdadero creador, la distancia que Maritain ha señalado entre la imagen y el concepto, entre "la comparación deliberada" (modo retórico, no creador) y "la imagen iluminante inmediata", sin concepto intermediario, encendida por la intuición poética.

Y muchas veces le recordamos las palabras de Mallarmé: "El canto surgió de fuente innata, anterior a todo concepto, de modo tan puro como para reflejar en el exterior mil ritmos de imágenes". El poeta sabía todo eso. Pero tenía una vocación patentizada en su humildad conmovedora, en su dignidad de solitario, en su absoluta indiferencia a todo halago fácil.

* * *

Este creador tan dueño de sus medios intrumentales ricos; capaz, como pocos, de dominar las imágenes y mantenerlas en su justo límite sin alejarse de la fuente; dotado para recibir algunos símbolos de la gran tradición y para enriquecerlos con un acento nuevo de poderosa belleza, quiso el desierto para su poesía. *Renunció a sus poderes propios; se quedó, como un asceta que sabe contemplar con ternura las maravillas del cielo y de la tierra, buscando un canto simple, el canto llano a que aspiró durante largos años y al que llegó después de los difíciles trances de una creación apoyada en el alma tensa y el oficio riguroso. Este ejercicio buscado con pasión se anunciaba ya en las páginas de* "Tragedia de la ima-

gen" *en el tierno asombro del poeta ante las palabras de Barradas: "¡Si se pudiera desaprender el dibujo!", así como en el texto de la carta antes aludida donde me dice: "Mis libros tienen una inquietud febril de imágenes confiadas en semejanzas temporales".*

Vocación de pobreza, vinculada a aquella a que se alude en la Bienaventuranza por la que sabemos que de los pobres es el Reino de los Cielos.

Quedó, pues, el Poeta en su desierto.

* * *

Ni el tiempo que ha pasado; ni el proceso de Arte que en este tiempo se ha vivido, ni las imitaciones, ni las contrafiguras; ni los desenfoques, insuficiencias u omisiones de la Crítica; nada de eso ha podido marchitar el acento de aquel libro en que las imágenes nacen y se apoyan en una melodía ligada a la estructura del verso, pero, además, y antes, en una melodía interior, en una experiencia poética profunda, en esa "melodía primigenia", movimiento musical que caracteriza a la intuición poética y que precede a todo el Arte del lenguaje, condicionándolo. Y así dijo hermosos versos simbolistas, ciñendo las imágenes en un equilibrio formal que detiene a toda pasión barroca y la sujeta a un orden, como ocurre con los grandes músicos. Hasta que no sólo en aquel Tú *pungente, en el clamor en que late profunda y lenta la sangre, sino en toda visión del paisaje, de la gracia del día o de la noche, la experiencia poética y la experiencia religiosa animan, desde adentro, las imágenes, y nos muestran al poeta con los ojos abiertos a las maravillas de la Creación, adorando como el salmista. Por eso hay un puente vivo entre los versos de* Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes *y el acápite que el autor les dio traído de un remoto Salmo: "Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos; el cielo y las estrellas...".*

Desde aquellos cantos, editados hace más de treinta años, hasta el día de su muerte, Basso Maglio trabajó en el ejercicio de liberación que se había propuesto.

Quien lea con alma atenta los versos de "Canción" *y este* Canto Llano, *verá, a pesar de las diferencias, la misma fuente, la misma tensión que clamaba en el* Tú *de los poemas distantes: la misma experiencia espiritual, que da unidad a la obra de Basso Maglio.*

Pienso que en la melodía de Canción de los pequeños círculos y de los grandes horizontes *se siente más la nostalgia del destierro, siempre unida a la línea inmortal de los Salmos:*

"En las márgenes de los ríos de Babilonia nos sentábamos con lágrimas al recuerdo de Sión...".

Y que tal vez hay, como siempre en el canto llano, más paz, más libertad, más adecuación de los medios para el vuelo en este poema último.

Este acento de paz, ese vuelo tenso y seguro del Canto llano *ha sido la última profecía de Basso Maglio: la última, definitiva victoria de su poesía; prefigura de la victoria de su alma, siempre asediada por las grandes nostalgias del destierro, y sin embargo siempre entregada a la alegría de la creación, con esa presencia viva del* yo creador, *todo generosidad; del yo de la Poesía, antítesis del ego, que se revela porque "se da muerte, a fin de vivir en una obra, en esa especie de éxtasis que es la creación".*

* * *

El poeta murió en la mañana del 15 de setiembre, día en que la Iglesia de Cristo contempla las Siete Saetas de la Madre Dolorosa.

Su voz no atravesará más el aire del mundo clamando por la justicia y la misericordia; o buscando, en desesperados tanteos casi incomprensibles el consuelo de los tristes por el camino del ingenio que juega o de la risa distraida; ni se encerrará recóndito, en los más secretos ámbitos de su ser para balbucear allí la oración. o el cántico.

Ha callado bajo las últimas violetas del invierno.

Pero su silencio está pleno de unos versos perennes que, como las tensas cuerdas de un arpa sagrada, llaman ardientemente al gran secreto del Amor de Dios.

Y vuelvo a mis lejanos versos, de un "Trance desde cipreses", en el momento en que ellos se abren otra vez a la esperanza inmortal:

Mientras el arpa de David ya canta
tu glorioso regreso,
¡tu victoriosa imagen en el Divino
Espejo!

II

Después de meditarlo, no encuentro mejor actitud, en este momento en que aparece *"El azahar y la rosa"* que dar su texto sin glosa alguna. Difícil es hablar de ese libro, nuevo y oscuro, llegado a nosotros desde el silencio y la sombra, como una extraña dádiva entregada por las mismas manos del poeta, en un último generoso ademán.

Creemos que la exégesis de ese libro necesita su tiempo, su distancia, su meditación apacible, elementos necesarios para entender y valorizar un texto difícil en cuya composición resplandecen los acentos poéticos ligados al carácter estilístico del autor, junto a un pensamiento a veces obsesivo de muy escondida entraña.

Las dificultades se acrecientan por la coexistencia de la expresión de textos sagrados y el libre desarrollo de un pensamiento que

se separa de esa raíz. La Crítica ha de estudiar alguna vez este carácter en su doble aspecto frente a las ideas del escritor y frente a los rasgos estilísticos que proceden de tal tendencia.

Muchas veces hablé con el poeta sobre esos textos sagrados y sobre la proyección que ellos tenían en su pensamiento y en su obra. El los amaba y se hundía en ellos con rara pasión; combatía con ellos; ansiaba llevarlos a su propia vorágine. Y desde los niveles eternos y apacibles de la Biblia hasta la vorágine de nuestro amigo iban y venían llamas. Era un combate misterioso; y en él vivía, trágicamente, nuestro salmista. Pudo descansar, como en algunos momentos apacibles de *"Canción de los pequeños círculos y los grandes horizontes"* en su melodiosa y tierna poesía, en la desnuda belleza de su "Canto llano". Pero renunciaba a esa gracia, a ese aire tranquilo de sueños, llevado por un dramático destino que le hacía buscar, por caminos nuevos y difíciles, aquella luz que se da en las Escrituras y que sólo se recibe según cierta docilidad sobrenatural conferida por el Espíritu Santo.

"El azahar y la rosa" revela ese destino trágico que muchas veces se percibe —aunque no tan intenso— en *"Tragedia de la imagen"* y en *"La expresión heroica"*. De un modo pungente incide ese destino en toda la concepción del libro. El poeta, pocas horas antes de su muerte, nos señaló su obra terminada y nos dijo su fe en el mensaje que había logrado expresar, después de muchos años de terca y apasionante labor.

Y nosotros, conmovidos al encontrarnos aquel dramático acento, aquel combate intenso en estas páginas plenas de preguntas ansiosas, de relámpagos y de graves claroscuros, entregamos el nuevo libro con el temblor, el respeto y el hondo cariño con que siempre miramos, en Vicente Basso Maglio, la tenaz búsqueda de la Verdad y de la Poesía pura. Esa poesía cruza por toda la obra y se detiene en algunos momentos, a cantar, en versos a cuyo acento llega, desnuda y lúcida, la visión del poeta, ya dueño de unos medios depurados con los que puede revelarnos la belleza del mundo. En esos momentos de prosa poética, en esos versos ceñidos, y en esas imágenes esenciales, sentimos la trascendencia de esta obra. Porque en ella, y por el intenso don de la Poesía de Basso, todo se convierte en canción.

Esther de Cáceres

(*) Cuando murió Vicente Basso Maglio, en setiembre de 1961, el Consejo de Gobierno, por moción de su presidente, Dn. Eduardo Víctor Haedo, resolvió, en su homenaje, publicar el libro que el poeta dejara inédito y que tituló **"El azahar y la rosa"**.

El señor Ministro de Instrucción Pública, Dr. Eduardo Pons Etcheverry, encargó de esa edición al arquitecto Alberto Muñoz del Campo y a mí. Recogimos el libro; y encontrando los originales de otra colección que mucho amaba Basso Maglio, decidí incluir en la edición una antología breve de los poemas de **"Canto llano"**, cuyo acento se cruzó muchas veces en nuestros diálogos con el poeta. — **E. de C.**

EL AZAHAR Y LA ROSA

No hay más teatro que
la poesía
porque no hay más
acción que la creción.

V. B. M.

Entre tanto que tenéis la
luz, creed en la luz,
para que seais hijos de
la luz.

Juan (12,36)

Canción de cuna

I

— en la oscuridad —

UNA VOZ DE MADRE. — *(Angustiada.)*
Si te pido la rosa,
no te pido una rosa;
si te pido la rosa,
no me des una rosa;
si la rosa es la rosa
solamente una rosa;
no te pido la rosa,
no me des una rosa...
(Pausa.)
ay... ¿quién sabe su nombre,
cuando es toda la flor?
CORO DE MADRES. — *(Meciendo las cunas de sus hijos.)*
Duerme, duerme, duerme...
(Por algunos instantes, se escucha el vaivén de las cunas.)
CORO DE MADRES. —
Duerme, duerme, duerme...
UNA VOZ DE MADRE. — *(Angustiada.)*
Si te pido la estrella,
no te pido una estrella;
si te pido la estrella,
no me des una estrella;
si la estrella es la estrella,

solamente una estrella;
no te pido la estrella,
no me des una estrella...
(Pausa.)
ay... ¿quién sabe su nombre,
cuando es toda la luz...?

CORO DE MADRES. — *(Meciendo las cunas de sus hijos.)*
Duerme, duerme, duerme...

(Por algunos instantes se escucha el vaivén de las cunas.)

CORO DE MADRES. —
Duerme, duerme, duerme...

(Un breve momento más, se escucha el vaivén de las cunas.)

II

(En mediana claridad.)

LA MUERTE. — *(Llega con paso leve: trae entre sus brazos una cuna de niño, de madera oscura, cubierta de blanco; mira hacia todos lados: la deja caer suavemente sobre el suelo; palpa afanosamente su vacío; la mece con voz lenta y sombría.)*
Duerme, duerme, duerme...

(Se va con el mismo paso leve; la cuna queda moviéndose sola.)

III

ANA. — *(Con el niño en brazos: avanza con temor.)*

(Vuelve a escucharse entre tanto el vaivén de las cunas, que disminuye poco a poco hasta hacer un rumor lejano.)

ANA. — *(Se detiene; descubre la cuna: abraza al niño; retrocede, estremeciéndose.)*

IV

LA MUERTE. — *(Retorna presurosamente; y mientras Ana va retrocediendo, la toma con dulzura por el torso y la aproxima a la cuna: cuando llega a ella la muerte toma al niño.)*

ANA. — *(Trata de reconquistarlo. desgarradoramente.)* No...

V

LA VIDA. — *(Aparece inmediatamente; se dirige a la Muerte.)*

VI

DANZA DE LA VIDA Y DE LA MUERTE. — *(La Vida y la Muerte luchan por la posesión del niño; triunfa la Vida; pone al niño en brazos de Ana; la Muerte huye; la Vida corre tras de ella.)*

VII

(Torna a escucharse el vaivén de las cunas.)

CORO DE MADRES. —

Duerme, duerme, duerme...

(Se pierde lejanamente el rumor de las cunas.)

ANA. — *(Inclina el niño sobre su seno como para que escuche.)*

—¿Oyes, hijito? Vosotros nunca queréis dormir... Somos nosotras, nosotras las madres, las que os dormimos.

(Levanta al niño en el aire como una ofrenda.)

—¡Ay... si un hijo solo, uno solo, quedara siempre despierto!

(Reclina el niño sobre su seno; se acerca a la cuna; la señala; interroga al niño.)

—¿Esta es tu madre?

(Toma la cuna por un extremo y la aparta de sí, con cierta violencia.)

—Madre Muerte... Madre Muerte: en ti, se duermen todos, al nacer. Yo sé por que estás ahí. Estás ahí porque están siempre en nuestro vientre. Tú recibes los hijos ya dormidos, y en ti no despertarán jamás.

(Al niño: ahogando la voz.)

—A ti solamente te lo digo. Nunca te pondré en la cuna de los muertos...

(Señala la cuna.)

—Yo no soy tu madre... allá, allá, ¿ves?, yo no soy tu madre.

(Lo estrecha profundamente sobre su pecho.)

—Aquí, sí, aquí, tú serás mi hijo... Unos sois los hijos concebidos por las madres. Otros sois las madres concebidas por sus hijos... Unos sois los hijos de nuestro vientre. Otros sois nuestra entraña. Las madres no tenemos vientre; no nos deis vientres... Queremos entrañas... Dadnos las entrañas...

(Se escucha el rumor de las cunas mecidas.)

—No... No... Estas son las madres que duermen a sus hijos; las madres que mueren con sus hijos. Pero, tú no oirás jamás esa canción de cuna. Hay un canto incomparable, eterno, la entraña de todos los cantos... No es del mundo, porque el mundo es una madre sobre la otra. Es de la tierra, es de la tierra, que aún no tiene hijos.

(Levanta al niño hacia el frente.)

Yo pregunto...

....*(Eleva la voz.)*

—Yo pregunto... ¿Quién ha visto una criatura despierta en la vida?

(Calla como si esperara la respuesta.)

—¿Quién ha visto un hijo real sobre la tierra?

(Aún aguarda que le contesten.)

—¿Nadie?

(Con voz intensamente dolorida.)

—¿Nadie...?

VIII

(Pedro, Elisa, Clara y Marta llegan apresuradamente; se detienen frente a Ana.)

CLARA. — Llamaste, Ana.

ANA. — *(No responde.)*

ELISA. — Fuiste tú, Ana?

ANA. — Qué oisteis?

MARTA. — Un grito.

PEDRO. — Era un grito?

CLARA. — Un grito parte? Un grito golpea?

ANA. — Vosotras sois madres?

ELISA. — Si...
MARTA. — Tenemos hijos...
ANA. — Basta con eso?
CLARA. — Ellos nos tienen a nosotras.
ANA. – Y vosotras, los tenéis a ellos?
ELISA. – Qué somos, entonces, Ana?
ANA. — Menos que las mujeres estériles. Porque las mujeres estériles pueden tener por hijo, al amor. No es en él, acaso, que debemos aferrar una esterilidad que no dé hijos para el mundo, sino para la tierra?
PEDRO. — *(Sin entender.)* Hoy, nosotros; mañana, ellos... Vivimos y morimos.
MARTA. — ¿Quién sabe más?
ELISA. — No es posible.
CLARA. — Es todo...
PEDRO. — Cuando no hay ni más ni menos que saber.
ANA. — *(Mira y calla; con piedad.)* Estáis engañados.
MARTA. — Nos engaños?
ANA. — No.
(Pausa.)
—Os engañan... Desde el principio... Quiero decir: comienzan por engañaros. Y, entonces, nadie puede separar la vida, del engaño. Es imposible desengañaros.
CLARA. — Somos tan ignorantes?
ANA. — No. Los ignorantes no quieren saber. Son santos.
PEDRO. — Yo lo dije: Vivimos y morimos.
ANA. — Lo de vivir y morir es saber tanto como lo que se ignora, e, ignorar tanto como lo que sabe. Y no es ignorancia. Es sabiduría.
(Amargamente.)
—Ay, si no fuera nada más que el engaño!
(Pausa.)
—La vida y la muerte se engañan como dos amantes. Y, de dos amantes que se engañan, uno solo es el amante. Cuando decís: hay dos amantes, es porque el amante es sólo uno: el engaño. El amor no es engañarse; engañarse es poseerse. Y ni siquiera hay posesión; es prostitución. La muerte prostituye... *(Muestra el niño.)* Pero, él... él no será prostituído.

MARTA. — Y el mío?

ANA. — Tampoco.

CLARA. — Y el mío?

ANA. — Tampoco... Ninguno, ninguno...

PEDRO. — *(Con desesperación.)* Pero, ya están perdidos... ya están perdidos!

ELISA. — *(Abraza a Pedro, angustiada.)* No...

PEDRO. — *Fatalmente.)* Ya nacieron; ya nacieron!

ANA. — No! Ahora, sí, ahora, aquí, aquí, pueden ser todos el hijo. *(Eleva la voz.)* Que se desnuden! oisteis? Que se desnuden.

MARTA. — Nacieron desnudos, Ana.

ANA. — No. Vinieron vestidos de vida, por la muerte. Desnudadlos de la vida y de la muerte. Nacer es nacer de esta desnudez. En nuestro vientre, encerrados, la muerte los viste. Que la muerte se lleve su vientre; y, el hijo será nuestra entraña desnuda. Que no se vista la rosa. Que se desnude el azahar.

CLARA. — Yo digo todas las noches mi plegaria por el hijo.

MARTA. — Todas decimos la nuestra, por él.

PEDRO. — *(A Ana.)* Y... tú?

ANA. — Sí. *(Pausa.)* Pero, conocéis la oración?

ELISA. — Tú la conoces, Ana?

ANA. — Sí. Yo la conozco; pero no es mía.

PEDRO. — Entonces, tú no oras.

ANA. — Es que yo no la digo de noche, para perderla de día. Mi oración está desnuda de vida y de muerte. Mi oración nace y crece. *Muestra el niño.)* Mi oración es él. *(Recoge el niño en su seno.)* Dejad que la oración crezca. Dejadlos nacer. El mundo vive muerto. Rosa triste, que amanece y anochece... No! Ellos son el azahar del alba!

PEDRO. — *(Intenta irse, sin consuelo.)*

ANA. — *(Lo llama.)* Pedro...

PEDRO. — *(Se detiene, pero de espaldas a Ana.)*

ANA. — *(A Pedro.)* Tú no lo crees. *(A Marta, Clara y Elisa.)* Vosotras tampoco? *(Pausa; a Pedro.)* Sabes quién eres tú?

PEDRO. — *(Enfrenta a Ana; poniéndose una mano sobre el pecho.)* Yo?

ANA. — *(A Pedro.)* Tú ... tú eres Pilatos.

MARTA. —

ELISA. —

CLARA. — No ...

ANA. — No. Pero, Pilatos también dudó. Pilatos preguntó: Qué es la verdad?!!

PEDRO. — Preguntamos para saber.

ANA. — Sabemos algo antes de preguntar? O no sabemos nada antes de preguntar?

MARTA. — Dudamos.

ELISA. — Sí; dudamos.

ANA. — Dudáis de lo que sabéis. Preguntáis sobre lo que dudáis. Qué respuesta queréis que os den?

CLARA. — Jesús no le contestó a Pilatos.

PEDRO. — Jesús no dijo nada.

MARTA. — Jesús ocultó algo?

ANA. — Esto creéis.

ELISA. — ¿Qué creemos?

ANA. — Que callar es ocultar. Por eso, preguntáis. Y para convenceros de que no os ocultan nada, no tenéis que preguntar. Las preguntas están contestadas antes de que vengáis al mundo. Si preguntáis, es porque habéis olvidado las contestaciones. Y a los que las olvidan, los castigan o los matan ...

PEDRO. — Pero, Jesús habla ...

ANA. – Sí. Pero, no con la misma palabra del que contesta. Cuál es la pregunta mayor que puede hacerse? Porque las preguntas tienen un límite. Y no es el que se dan las preguntas. Es el que le dan las respuestas. Ninguno puede preguntar más de lo que se debe. No hay ningún derecho para preguntar, más de lo que se debe. No hay ningún derecho para preguntar, más de lo que debe preguntarse. Esto se llama el deber. Decid, pues, cuál es la pregunta mayor que debe hacerse?

MARTA. – La que hizo Pilatos.

ELISA. — "Qué es la verdad?"

ANA. — Jesús no contesta, ni oculta. Hace el silencio.

Y, este silencio, que no es callar como los cobardes, quiere decir que la mayor de las preguntas es la menos verdadera; es la que menos puede darnos la verdad; es la que dice que, si la verdad tiene que ser la respuesta, la verdad es el engaño. Decid la verdad; y os engañaréis... *(Muestra el niño.)* El también hace el silencio. No le preguntéis, que no os contestará.

PEDRO. — No puede romperse ese silencio?

ANA. — Sabéis lo que es el diamante?

MARTA. — Sí...

ANA. — Es más.

ELISA. — Más aún?

ANA. — Quién hace el diamante?

CLARA. — Un orfebre.

ANA. — Quién hace la luz?

PEDRO. — Quién hace la luz?

MARTA. — Quién hace la luz?

CLARA. —

MARTA. —

ELISA. —

PEDRO. — *(Miran a Ana, esperando la respuesta.)*

ANA. — Ese silencio no puede romperse. Se vive roto o se vive entero. El que vive roto, nació roto; el que vive entero, nació entero.

MARTA. — Se puede nacer roto?

ANA. — *(Lentamente va hacia la cuna; toma al niño por el cuello y por los pies; simula que puede romperlo sobre una de las barandas; y lo deja caer, suavemente, en ella.)*

PEDRO. —

MARTA. —

ELISA. —

CLARA. — *(Corren hacia la cuna; miran el niño; vuélvense hacia Ana.)*

ANA. — Visteis? No soy yo, ni sois, tampoco, vosotras, las madres que, luego de partir al hijo, en dos pedazos, en vida y muerte, lo echamos aquí. No. El hijo ya va roto.

PEDRO. — Quién lo rompe.

ANA. — El vientre.

MARTA. — El vientre?

ANA. — *(Eleva la voz.)* Y no es ni siquiera, el hijo. Es el

vientre roto! Y lo que se rompe, se corrompe. El mundo es la corrupción de su vientre. Pilatos no pudo romper el silencio de Jesús. Tampoco el tirano rompe al hombre. La rosa se abre. El azahar se cierra...

ELISA. — Jesús estaba frente a Pilatos.

ANA. — No lo vió.

ELISA. — No lo vió?

ANA. — No lo oyó.

PEDRO. — No lo oyó?

ANA. — No lo tocó.

MARTA. — No lo tocó?

ANA. — No... La fe no está nunca frente a la verdad. Están frente a frente, los engañados por la verdad.

PEDRO. — De quién son nuestros sentidos?

ANA. — De la fe. Es la fe, la que tiene ese cuerpo increíble, incomparable... No es la rosa muriente. Es el azahar creciente.

ELISA. — Pero, Pilatos se lavó las manos.

ANA. — Por eso, es Pilatos. No, antes. Nadie se lava, lavándose las manos. *(Toma el niño y lo vuelve a su pecho.)* Padre Pilatos, Padre Pilatos, cómo haces para que sigan creyendo en ti, con lavarte solamente las manos?

MARTA. – No alcanza con lavarse las manos?

ANA. – Nadie pierde más, que aquel que alcanza. Porque alcanza siempre lo alcanzado; y, está perdido siempre.

PEDRO. — Qué más pudo hacer Pilatos?

ANA. — Lo que tenía que lavarse Pilatos no estaba solamente en sus manos. Estaba, también, en sus ojos. Estaba, también, en sus oídos. Estaba, también, en su boca. Estaba en todo su cuerpo. Todo el cuerpo de Pilatos estaba manchado. Todo Pilatos tenía por cuerpo, esa mancha. Ay de aquellos que se lavan, después de mancharse con la pregunta de la verdad! Ay de los lavadores de la duda que enturbian el agua con las manos de Pilatos, cuando únicamente son limpios aquellos que nacen en su Jordán. Preguntad y os mancharéis... Lavaos y os volverá la mancha... Yo no quiero ser la madre de un hijo de Pilatos; yo no quiero ser la madre de un hijo lavado; yo no quiero ser la mancha de mi hijo.

MARTA. — Y qué será tu hijo?

ELISA. — Un rey?

ANA. — No. Los reyes no tienen reino.

CLARA. — Sí, sí, sí... Lo tienen.

ANA. — No. los reyes se comparan a los reyes. Y, pierden el reino. Mi hijo será su reino.

PEDRO. — Imposible.

ANA. — Lo imposible es lo posible. Yo hablo de lo increíble, de lo incomparable. *(Ofrece el niño.)* Tomadlo... Tomadlo...!

PEDRO. —

MARTA. —

ELISA. —

CLARA. — *(Retroceden, temerosamente.)*

ANA. — Yo sé que no huís de él. Huís de vosotras mismas. Tened valor, madrecitas.

MARTA. — *(Se desprende lentamente del grupo: avanza hacia Ana; al llegar casi frente a ella, oye un grito.)*

ELISA. — *(La detiene.)* No, Marta... No.

MARTA. — *(Cae como herida por el grito de Elisa: quedando ante Ana, arrodillada.)*

ANA. — *(Le ofrece el niño.)* Tómalo...

MARTA. — *(Se cubre el rostro con las manos.)*

ANA. — *(Repite el ofrecimiento.)* Tómalo.

MARTA. — *(Toma el niño; lo mira; clama.)* Es un niño... Es un niño... *(Alegremente.)* Es un niño... *(Se lo ofrece a Elisa.)* Tómalo... Tómalo...

ELISA. — *(Se acerca a Marta; se cubre el rostro con las manos; luego, toma el niño; lo mira.)* Sí... Es un niño. Y tiene los mismos ojitos. *(Se lo ofrece a Clara.)* Tómalo... Tómalo...

CLARA. — *(Lo toma; lo mira.)* Tiene la misma frente.

ELISA. — La misma boca.

MARTA. — Las mismas manos.

PEDRO. — Tiene el mismo cuerpecito que los demás niños.

ANA. — Sí, sí, sí...

PEDRO. — Entonces, dónde está el reino?

ANA. — *(A Pedro.)* No viste el reino?

PEDRO. — No.

ANA. — No viste el niño, entonces? Acaso porque es un niño como los otros, no es un reino? Acaso los otros niños no lo son por su reino? *(Eleva la voz.)* Devolvédmelo... Devolvédmelo.

CLARA. — *(Pone el niño en brazos de Ana.)*

ANA. — *(Toma el niño; lo lleva a su seno.)*

PEDRO. —

MARTA. —

ELISA. —

CLARA. — *(Quedan indecisos frente a Ana.)*

ANA. – Qué queréis? Yo no os he quitado nada. Id... Y reclamad vuestro reino...

PEDRO. –

MARTA. —

ELISA. —

CLARA. — *(Vanse como sombras.)*

IX

ANA. — *(Al niño, estremeciéndole.)* No duermas... Despierta, amor mío. Yo no soy tu canción de cuna. Yo no soy tu madre. Me harás tu madre. Todos te mirarán. Ninguno te verá? Se preguntarán: "quién es este que tiene nuestros mismos ojos, nuestra misma frente, nuestras mismas manos, nuestro mismo cuerpo y, no se parece a nosotros? Y tú cantarás incomparablemente:

(Se hace la oscuridad.)

LA VOZ DEL POETA. —

A mí no me conoces,
mirándome los ojos;
a mí no me conoces,
mirándome las manos;
a mí no me conoces,
mirándome la boca;
a mí no me conoces,
mirándome la cara.

—Si para conocerme
me miras en los ojos,
y crees que son más verdes
o azules que los otros,
que entre sus iris yermos,
al fin, se tornasolan,
aunque estás en lo cierto,
aunque estás en lo cierto,
a mí no me conoces...

Si para conocerme,
me miras en las manos,
y, crees que son más blancas
u oscuras que las otras,
de un mar lleno de conchas
o un monte de palomas,
aunque estés en lo cierto,
aunque estés en lo cierto,
a mí no me conoces.

Si para conocerme,
me miras en la boca
y crees que es más alegre
o triste que las otras,
granando el nombre rojo
que tienen los ausentes,
aunque estés en lo cierto,
aunque estés en lo cierto,
a mí no me conoces.

Si para conocerme
me miras en la cara
y crees que es una estrella,
lo mismo que las otras,
que, sin tener oriente,
morosamente asoma,
aunque estés en lo cierto,
aunque estés en lo cierto,
a mí no me conoces.

Nací sobre la tierra
y soy hijo del cielo;
de luz, de luz, los ojos;
de luz, de luz, las manos;
de luz, de luz, la boca;
de luz, de luz, la cara;
de luz, de luz, el cuerpo,
la nunca vista aurora...
la nunca vista aurora!

XI

(Se hace una mediana claridad.)

DAMIAN. — *(Viene rápidamente; le quita el niño a Ana; lo pone en la cuna.)*

ANA. — No, Damián, no. *(Señala la cuna.)* Allí, no... Solo y frío, como el hijo de las fieras. *(Intenta sacarlo de la cuna.)*

DAMIAN. — *(Se lo impide.)* Míralo. Duerme. Sueña. Es feliz. Quién fuera él!

ANA. — *(Cae de rodillas, junto a la cuna.)* Juan...

DAMIAN. — *(Toma a Ana por los brazos y la lleva casi arrastrándola.)*

ANA. — *(Vuelve su rostro al niño.)* No duermas. Despierta, amor mío.

(En la oscuridad.)

XII

UNA VOZ DE MADRE. — *(Angustiada.)*

Si te pido la rosa,
no te pido una rosa;
si te pido la rosa,
no me des una rosa;
si la rosa es la rosa,
solamente una rosa,
no te pido la rosa,

no me des una rosa...
(Pausa.)
ay? quién sabe su nombre
cuando es toda la flor?

CORO DE MADRES. — *(Meciendo las cunas de sus hijos.)*
Duerme, duerme, duerme...
(Por algunos instantes, se escucha el vaivén de las cunas.)
CORO DE MADRES. –
Duerme, duerme, duerme...

UNA VOZ DE MADRE. — *(Angustiada.)*

Si te pido la estrella
no te pido una estrella;
si te pido la estrella,
no me des una estrella;
si la estrella es la estrella,
solamente una estrella;
no te pido una estrella,
no me des una estrella;
ay! quién sabe su nombre,
cuando es toda la luz?

CORO DE MADRES. — *(Meciendo las cunas de sus hijos.)*
Duerme, duerme, duerme...
(Por algunos instantes, se escucha el vaivén de las cunas.)
CORO DE MADRES. —
Duerme, duerme, duerme...
(Sigue escuchándose el vaivén de las cunas.)

XIII

LA MUERTE. — *(Entra levemente; mece la cuna del niño.)*

(En oscuridad, lentamente, mientras se pierde el rumor de las cunas.)

Balada de la sangre

I

(Mediana claridad.)

(Donde hubo una cuna, hay un lecho.)

LA MUERTE. — *(Llega; se dirige al lecho; lo tiende con preocupación materna; lo señala, ya pronto, una vez.)*

Soñad, esclavos míos!
(Pausa.)
Dormid, mis reyes muertos!
(Pausa.)
El reino está perdido;
sin luz, ha muerto el reino.
(Pausa.)
Soñad, esclavos míos!
(Pausa.)
Dormid, mis reyes muertos!
(Pausa.)
La luz era su reina,
la aurora de su cielo,
el alba que los guía,
la sangre de sus venas...
(Pausa.)
Soñad, esclavos míos!
(Pausa.)
Dormid, mis reyes muertos!
(Pausa.)

La reina ciega busca
sus azahares vivos;
mi noche no es de estrellas,
estrellas son espinas;
y, a la reina perdida,
mis estrellas la hieren...
(Pausa.)
La sangre de la tierra,
la sangre de la tierra
es de esta reina herida...
(Pausa.)
Soñad, esclavos míos!
(Pausa.)
Dormid, mis reyes muertos!
(Pausa.)
Yo entro en cada casa,
y, en cada casa, dejo,
un soñador, esclavo;
un rey de vida, muerto.
(Pausa.)
Amor, ya están dormidos,
tus esposos eternos,
los hijos de la tierra,
nacidos en el cielo.
(Pausa.)
Soñad, esclavos míos!
(Pausa.)
Dormid, mis reyes muertos!
(Pausa.)
No hay luz, ni amor, ni reino...
(Pausa.)
Soy la noche estrellada,
hecha por mis esclavos
y por mis reyes muertos.
Los que sueñan conmigo,
mueren en sus estrellas,
por cada alba herida,
por cada aurora ciega.
(Pausa.)

Soñad, esclavos míos!
(Pausa.)
Dormid, mis reyes muertos!
(Se aleja, rápidamente.)

II

JUAN. — *(Entra; mira el lecho, deshace en él, lo que preparó la Muerte.)*

III

ANA. — *(Como si hubiera seguido a Juan; llega, lo besa.)* Hasta mañana, Juan.

JUAN. — No. *(La detiene; la sienta al borde del lecho.)* Tú viste florecer?

ANA. — Florecer? *(Olvidada.) Florecer*... Hace tanto tiempo, hijo mío. Yo era niña. Mi jardín se durmió. Brotó una planta, con muchas hojas grandes, verdes, frías. Puse mi mano dentro de ellas. Dónde estaría la flor? Y mi mano hacía más hojas grandes, verdes, frías. Siempre más hojas grandes, verdes, frías. Saqué mi mano, porque se helaba mi sangre. Entonces vino el hada. Y me dijo: tú también sueñas? Quédate conmigo. Ves? Todas estas niñas sueñan...

JUAN. — Y tú?

ANA. — Huí... Había visto que todas las primaveras pasaban; y, que el jardín nunca florecía. Había visto que primaveras hay una sola, y, no es la primavera; es la esperanza de los jardines muertos.

JUAN. — La esperanza no vive. La esperanza no vive, porque vuelve. Yo no soy tu esperanza. Un hijo es siempre de la otra madre. Tú no viste florecer.

ANA. — *(Recuerda algo y pregunta.)* Y la rosa?

JUAN. — La rosa está vestida. Cuándo nace viva? La rosa tiene la carne caliente. La calienta la muerte... La carne es siempre fría. La rosa caliente, vestida de carne, marchita. Mientras sueña, es la rosa. Pero, nunca es la flor. La sangre desnuda, de vida y de muerte, florece, sin rosa que sueñe, sin la rosa yerta.

ANA. — *(Se levanta.)* Desnudarse?

JUAN. — Sí.

ANA. — Por qué?

JUAN. — Porque entre la planta y la primavera hay un desierto. La primavera de flores. Pero el que florece es el desierto.

ANA. — El desierto?

JUAN. — La sangre no es la rosa del cuerpo. A la rosa, la muerte la viste y la desviste, de primavera. La muerte es la primavera de los amantes.

ANA. — *(Recordando.)* Cuando éramos jóvenes, arrancábamos las rosas calientes; las poníamos en nuestros senos; nuestros senos se enfriaban, y, las rosas caían despojadas de su carne primaveral. Y, de noche, no podíamos dormir. Teníamos en el cuerpo el frío de las rosas muertas.

JUAN. — La sangre desnuda al cuerpo de su rosa mortal. Florece en la desnudez de su amor; en la desnudez del amor, que no se ve desnudo, porque se ve el amor.

ANA. — *(Recuerda aún.)* Cuál es esa flor?

JUAN. — No es flor. Es florecimiento.

ANA. — No tiene nombre de flor? No tiene un nombre de flor, como la rosa?

JUAN. — No. Porque lo que primero se corrompe son los nombres. Cada nombre es un aroma y cada aroma se corrompe en la flor marchita. Las flores que tienen nombre ya marchitaron.

ANA. — No hay ninguna flor pura?

JUAN. — Para florecer, no hay más que el florecimiento. El florecimiento es la única flor.

ANA. — Para todo el florecer?

JUAN. — Para el eterno florecer.

ANA. — *(Ansiosamente.)* Dímela.

JUAN. — El azahar.

ANA. — *(Recuerda todavía, dudando.)* Sí. Pero, el azahar es una flor?

JUAN. — El azahar es el amor.

ANA. — *(Desencantada.)* La rosa no tiene cuerpo?...

JUAN. — El cuerpo es nuestro azahar.

ANA — *(Se sienta al borde del lecho, baja la frente y queda silenciosa.)*

JUAN. — *(Se acerca a Ana, se hinca ante ella.)*

ANA. — *(Se cubre el rostro con las manos.)*

JUAN. — *(Le aparta las manos.)* Madre...

ANA. — *(Reanimada.)* Perdóname, hijo mío.

JUAN. — *(La levanta.)*

ANA. — *(Lo mira fijamente.)* Quería preguntarte. Pero, no, no, no...

JUAN. — *(La abraza con ternura.)* Sí; pregúntame...

ANA. — *(Liberándose dulcemente del abrazo de Juan.)* La flor es virgen?

JUAN. — *(Reconfortándola.)* Sí, madre, sí... La flor es virgen, si antes de serlo, no entrega su azahar; sino deja de ser virgen, antes de ser flor; si es virgen, no por la flor, sino por el azahar. Porque si no la flor es un pecado.

ANA. — *(Anhelante.)* El azahar no puede pecar?

JUAN. – El azahar es inviolable.

ANA. — *(Decididamente.)* Juan: yo no quiero que me digas; yo no quiero que me expliques; yo no quiero saber. Yo quiero ver la luz.

JUAN. – Sí, madre, sí. La flor es virgen; pero el azahar es inviolable. La flor tiene un secreto; pero el azahar es el misterio. El secreto puede corromperse; pero el azahar es incorruptible. La flor muere; pero el azahar fructifica. La flor es de perdición; pero el azahar santifica. Y yo quiero santificarte.

ANA. — Hijo mío...

JUAN. — Te dije: entre la planta y la primavera hay un desierto; la primavera da flores; pero el que florece es el desierto. Y te digo, también: entre tú y yo, hay una entraña desnuda; tú pudiste dar la flor; pero, la entraña desnuda florece tu azahar. Hay muertos en su propia sangre, y, enterrados en su cuerpo... Hay vivos que desnudan su sangre, y el cuerpo es su entraña. Hay una vida que muere de flor; y hay una vida que vive de azahar. Yo soy tu azahar. Nunca te entregaré...!

El canto y el camino

PEDRO. — *(Llega con premura y desconsuelo.)* Juan... Viste a Tomás?

JUAN. — *(No responde.)*

ANA. — *(Anima a Pedro.)* Yo lo vi, yo lo vi. Esta mañana estaba arando.

PEDRO. — *(Aún indeciso.)* No ha vuelto.

ANA. — Volverá...

JUAN. — *(Firmemente.)* No volverá!

ANA. — *(Insiste aunque sin convicción.)* Sí. Volverá.

JUAN. — *(Como si fuera su última palabra.)* No...

PEDRO. — Te lo dijo él?

JUAN. – No...

ANA. — Cómo lo sabes?

JUAN. – No lo sé.

PEDRO. — Y, si no lo sabes, por qué lo afirmas?

JUAN. — Porque hay uno que está en todos.

ANA. — Dónde está el que lo sabe?

JUAN. — Uno no está donde se sabe.

PEDRO. — Tú conoces el camino?

JUAN. — Vosotros sabéis que todo vuelve, por el camino. Conocéis el camino de lo que vuelve. Pero, Tomás no tiene camino. Y, si vuelve, lo conoceréis? Y, esto es volver? Cuando el Señor venía, no se dijo: "aparejad la vereda"? Porque a quien ibáis a conocer era el Señor.

PEDRO. — Entonces, por dónde volverá Tomás?

JUAN. — Por un canto, no por un camino. Nosotros somos el canto; vosotros, el camino.

PEDRO. — *(Se sienta al borde del lecho.)*
ANA. — *(Mira a Pedro.)*
JUAN. — *(Por un breve instante, va y vuelve sobre sus pasos.)*
PEDRO. — *(Tristemente, decide hablar.)* Cuando Tomás era pequeño...
JUAN. – *(Interrumpe abruptamente.)* Niño... Niño... Los pequeños y los grandes son vuestros. Los niños, no.
PEDRO. — *(Continúa después de sufrir las palabras de Juan.)* Tomás se quedaba siempre solo en el campo.
JUAN. – Sólo en el campo? El campo está solo? Habéis visto los árboles?
ANA. — Siempre los vemos.
JUAN. — O ellos se ven?
PEDRO. — Qué tienen los árboles?
JUAN. — Los árboles son los árboles. Uno está solo... Otro está solo... Siempre están solos. Un bosque, un bosque inmenso, está lleno de árboles solos.
ANA. — No están todos juntos?
JUAN. — Juntos podrían hacer el bosque? Sabéis lo que hace falta?
ANA. —
PEDRO. — *(Callan; esperan la respuesta.)*
JUAN. — Hace falta un bosque de hombres; un bosque de hombres solos; un bosque de hombres creadores, como un bosque inmenso de árboles. Los que son hombres, son como los árboles; los que son hombres, están esperando el bosque.
PEDRO. — Esta mañana Tomás salió al campo, cantando. Yo fui por el camino a preguntar por él. Me dijeron: vimos ir, no sabemos dónde, a uno que no se parece a nadie, cantando.
ANA. — Sería él?
PEDRO. — Nadie lo sabe.
ANA. – Qué cantaba? Porque, cuando se canta, se oye; y se sabe lo qué es.
PEDRO. — Unicamente me dijeron: hay uno que canta. Yo no lo escuché. Pero, dijeron: hay un canto, hay un canto... Algunos se aterran; otros, se alegran. Yo lo seguí hacia donde iba. Y, cada vez, me perdía más yo mismo.

ANA. — Pero, el que canta es uno solo?

JUAN. — No. Es un coro... El bosque... Los que se van quedando solos, lo cantan. Ya falta poco para que se queden cada vez más solos, y, canten el coro y el coro sea su canto.

PEDRO. — Quienes lo cantan?

JUAN. — Los esclavos.

ANA. — ¿Por qué?

JUAN. — Porque se libertan.

PEDRO. — Y cómo es el canto?

JUAN.—

Sin dueños...
(Pausa.)
sin salarios...
(Pausa.)
sin espías...
(Pausa.)
sin traidores...
(Pausa.)
El hombre no necesita propietarios para vivir...

ANA. — Nadie podrá hacer callar ese canto?

JUAN. — Nadie...

PEDRO. — Por qué?

JUAN. — Porque es la victoria.

PEDRO. — Nosotros siempre somos los vencidos?

JUAN. — Sí. Pero, no por nuestro canto. Vosotros os vencéis los unos a los otros. Hoy ganáis la batalla; y, mañana, perdéis. Tenéis sabios que saben dar las batallas, ganándolas, hoy, y, perdiéndolas, mañana. Siempre batalláis... Cuándo vencéis? Cuando soís vencedores, decís: no; cuando soís vencidos, decís sí? Qué afirmáis?

ANA. — Cuántos soís vosotros?

JUAN. — Se cuentan los muertos, porque son los vivos que van a morir.

PEDRO. — Vosotros hacéis resucitar a los muertos?

JUAN. — No.

ANA. — No hay resurección?

JUAN. — Aquel que no quiere morir, nace...

Los niños perdidos

I

(Se hace la oscuridad.)

PEDRO. — Tomás nunca quería dormir.

ANA. — *(Recuerda.)* Yo sabía qué es lo que ven los hijos, y, no los deja dormir. Me olvidé? Cuando las madres les cantamos en la cuna, no es para que se duerman.

PEDRO. — Para que les cantáis?

JUAN. — Para que sueñen.

PEDRO. — Y no queréis soñar? Soñar no es mejor que vivir?

JUAN. — Si hacéis de vivir el morir; es mejor soñar. Pero, entonces, soñar no es de la vida; es de la muerte.

ANA. — Qué queréis ser?

JUAN. – Niños...

PEDRO. — Cuando llegaba la noche y estaba en la cuna, Tomás decía:

(Ya oscuro.)

LA VOZ DE TOMAS. – *(Niño.)* Madre...

LA VOZ CLARA. — Duerme, hijito, duerme.

(Se escucha el vaivén de la cuna.)

LA VOZ DE TOMAS. — Madre... Escucha...

(Se escucha el vaivén de la cuna.)

LA VOZ DE TOMAS. — Me escuchas, madre?

LA VOZ DE CLARA. — Duerme, hijito. Todo lo que vas a decirme, ya lo sé.

LA VOZ DE TOMAS. — No... No...

(Se escucha el vaivén de la cuna.)

LA VOZ DE TOMAS. — No me duermas... Los niños no se duermen con el sueño de las madres?

LA VOZ DE CLARA. — Qué quieres decirme?

LA VOZ DE TOMAS. — Todos los días, al salir el sol, la tierra y el cielo se separan. Todos los días, al ponerse el sol, la tierra y el cielo se juntan. Tú lo viste?

LA VOZ DE CLARA. — No.

LA VOZ DE TOMAS. — Nunca?

LA VOZ DE CLARA. — No... Duerme, hijito...

LA VOZ DE TOMAS. — De día, el sol los separa para juntarlos; de noche, el sol los junta para separarlos.

LA VOZ DE CLARA. — Tú crees que la tierra y el cielo tienen que estar siempre juntos?

LA VOZ DE TOMAS. — No. Pero, todo es así.

LA VOZ DE CLARA. — *(Duda.)* Así? Cómo?

LA VOZ DE TOMAS. — Así. Porque, también, al salir el sol, el día y la noche se separan. Y, al ponerse el sol, el día y la noche se juntan.

LA VOZ DE CLARA. — Y tú, qué quieres saber?

LA VOZ DE TOMAS. — Quiero saber si es el sol el que todo lo separa para juntarlo y todo lo junta para separarlo.

LA VOZ DE CLARA. — Calla, Tomás...

LA VOZ DE TOMAS. — Esto no parece también vivir y morir y morir y vivir?

LA VOZ DE CLARA. — Para qué quieres saberlo?

LA VOZ DE TOMAS. — Porque debe haber una luz...

LA VOZ DE CLARA. — Una luz?

LA VOZ DE TOMAS. — La luz, la luz...

LA VOZ DE CLARA. — Dónde está?

LA VOZ DE TOMAS. — No la tendrás tú, madre?

LA VOZ DE CLARA. — Yo?

LAVOZ DE TOMAS. — La perdiste?

LA VOZ DE CLARA. — No... No...

(Reprime un sollozo: se oyen sus pasos leves, abandonando a Tomás.)

LA VOZ DE TOMAS. — Estás llorando?

LA VOZ DE CLARA. — *(Alejada.)* No...

LA VOZ DE TOMAS. — Me traerás la luz?

LA VOZ DE CLARA. — *(Ardiente, triste y mojada en lágrimas, despidiéndose.)* Sí...

(Se escucha el vaivén de la cuna: y se hace la mediana claridad.)

JUAN. — La tierra está a oscuras. También ella es solamente el vientre de la madre de los niños perdidos.

ANA. — No, Juan. La tierra tiene el día y la noche.

JUAN. — El sol nace en el cielo, la rosa del día. Cuando véis la rosa del día, en el cielo, desde la tierra a oscuras, gritáis: "amanece, amanece, amanece".

(Se escucha un son matutino de campanas.)

JUAN. — "Oid, oid... Amanece, amanece".

ANA. — *(Alegre.)* Cantan las campanas...

JUAN. — Con qué boca?

PEDRO. — Las campanas tienen boca?

JUAN. — Las campanas golpean la noche que queda dentro de ellas. La luz canta con la boca del cielo. Y, cuando véis salir la rosa del día, desde la tierra a oscuras, os entregáis al sol para que siga haciendo las rosas.

PEDRO. — Su madre fue, casa por casa, buscando a su niño. Gritaba: "dadme, mi niño; dadme mi niño". De jardín en jardín, de rosal en rosal, arrancaba las rosas, hiriéndose en las espinas, y, clamando: "mi sangre, mi sangre, mi sangre".

JUAN. – Su Amor!

ANA. — Su amor es su niño?

PEDRO. – Nuestro amor es nuestro niño?

JUAN. — El sol hace, todos los días, su rosa, en la tierra a oscuras. El sol es el amante de la tierra; y su lecho es la tiniebla. Allí, la engaña para poseerla. Todos los días, le deja su rosa, como promesa de todas las noches. Vosotros, que ya no véis con los ojos de los niños sino con la mirada entre sus párpados, os despertáis con la rosa de todos los días y las promesas del sol; y, vivís el sueño perdido de todas las noches. Y clamáis: "es el alba, es el alba". ¡Y es el rosal de la muerte! Nosotros no somos los hijos de la rosa. Somos el azahar de la tierra...

El buey profeta

I

TOMAS. — *(Viene tranquilo, con cierta alegría.)*

PEDRO. — Dónde estabas?

ANA. — Dónde estabas?

TOMAS. — *(Con calma.)* Con el buey.

PEDRO. — Con el buey?

JUAN. — Ya lo dijo. Por qué seguís siempre preguntando cuándo es lo más sencillo?

PEDRO. — Por qué estabas con el buey?

JUAN. — Vosotros estuvisteis tantos años junto a él, y, nunca estuvisteis con él.

TOMAS. — *(Como lo más verosímil.)* El buen me dijo . . .

PEDRO. — Las bestias hablan?

JUAN. — Nosotros, qué decimos?

TOMAS. — Las bestias hablan. Las que no hablan son las fieras. No se les oye ni siquiera el paso en la maleza. Ni rugen delante de la presa. O no sabéis como son los tiranos?

PEDRO. — Acaso os habéis entendido tú y él?

JUAN. — Es que los hombres tendremos que entendernos, por fin, con las bestias.

PEDRO. — *(A Tomás.)* Qué te dijo, pues, el buey?

TOMAS. — Cuando llegamos al establo, me dijo: Tú y yo, nos ponemos y nos sacamos el yugo, todos los días. Si te quitas tú, el tuyo, caerán todos los yugos. No habrá más yugos para los días, ni tampoco más días para los yugos. Quítate los días, Tomás, y, te quitarás los yugos.

ANA. — *(A Juan.)* A ti nunca te dijo nada el buey?

JUAN. — Lo sentí... Como Tomás.

ANA. — Lo sentiste?

JUAN. — Cómo sabría, entonces, lo que me dijo?

ANA. — Sintiendo se entiende?

JUAN. — Sentir es entender. Qué quiere decir: "tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen"? Solamente para ver y oir? O para entender?

ANA. — Y qué entendiste?

JUAN. — Lo que es arar.

ANA. — Tú no sabías lo que es arar? Cómo aras, entonces?

JUAN. — Porque hacer es aprender a rehacer.

ANA. — Arar se ara todos los días.

JUAN. — Pero, no es arar. Es rehacer los días. Los días los rehacemos arando.

PEDRO. — No hacemos la tierra?

TOMAS. — No. La tierra tiene luz.

PEDRO. — No. No. La tierra es oscura.

TOMAS. — Porque la oscurecemos.

JUAN. — Arar... arar... arar es dar vuelta, siempre, la misma tierra. Enterrarla para desenterrarla, todos los días. Rehacéis la noche de la tierra. Nunca véis su luz.

TOMAS. — Somos sus sepultureros.

JUAN. — Somos más que sus muertos.

TOMAS. — Los que no terminan de hacer su sepultura.

JUAN. — Porque esto lo hacemos con nuestra sangre; no, con la tierra. Hacemos y deshacemos los terrones duros y secos de nuestra sangre. No somos la sangre de la tierra.

TOMAS. — La llamáis "madre tierra" y le matáis los hijos.

JUAN. — El hombre es su hijo; el hombre es hombre, si la tierra es libre.

TOMAS. — El buey me dijo: Tomás, a cada paso que yo doy, delante de ti, yo levanto la tierra, y, tú la hundes, y, a cada paso que damos, más nos hundimos, tú y yo. Deja que la levante, Tomás. No la hundas más. No hundamos más la tierra, tú y yo... Levantémosla. Dejemos que se levante la tierra en luz.

VOZ DE HOMBRE. — *(Llama desde afuera.)* Juan... Tomás...

JUAN. –

TOMAS. — *(Acuden hacia el lugar de donde ha partido la voz.)*

PEDRO. –

ANA. — *(Llama.)* Juan...!

PEDRO. — *(Llama.)* Tomás...!

ANA. — *(Se aleja la voz.)* Juan...!

PEDRO. — *(Se aleja la voz.)* Tomás...!

(Se hace inmediatamente la oscuridad.)

Los bienaventurados

(Bastante claro.)

(En medio, una tarima; sobre ella, una mesa.)

JUEZ. — *(Entra; trae un crucifijo en una mano y un libro en la otra; se sienta; coloca el crucifijo a su derecha: y el libro a su izquierda.)*

PABLO. —

TOMAS. —

JUAN. — *(Han seguido al Juez; se ponen frente a él; Pablo en el centro.)* ....

JUEZ. — Sabéis por qué estáis aquí?

PABLO. — No.

TOMAS. — Si lo preguntáis es porque lo sabéis.

JUAN. — Queréis que contestemos lo que ya sabéis, preguntando.

JUEZ. — Pablo: te acusan de haber robado un pan.

TOMAS. — Niega, Pablo, niega...

PABLO. — No. Porque negar sería negar que no puedo confesar; no que no he robado.

JUAN. — Vas a afirmar, entonces?

PABLO. — No. Porque afirmar sería que puedo confesar, no que he robado. Y no puedo negar ni afirmar. Negar y afirmar es lo mismo; negar y afirmar son una contradicción recíproca. Lo que el Juez quiere es que yo conteste: "sí" o "no"; no que confiese, porque no se puede confesar, negando o afirmando.

JUEZ. — Queréis que no haya ninguna posibilidad?

PABLO. — De negar y de afirmar, sí; de confesar, no.

JUAN. — La posibilidad es la misma, en negar y en afirmar.

TOMAS. — Lo posible es su contradicción.

PABLO. — Y es, también, lo que puede creerse al mismo tiempo. El "no", al mismo tiempo, que "sí"; el mal, al mismo tiempo que el bien; la muerte, al mismo tiempo que la vida.

JUAN. — Hay una sola posibilidad: la de creer en el tiempo, que está después de la contradicción; la de no creer en nada.

TOMAS. — Entonces, Señor Juez, pedís una palabra que sea ella misma, y, que aquí no existe?

JUEZ. — La ley no discute. *(A Pablo, señalando con el índice.)* A ti te acusan de haber robado un pan.

PABLO. — Por qué?

JUEZ. — Cómo, por qué? Te acusan de haber robado un pan. Basta!

PABLO. — Cuando el robo es pequeño el ladrón es grande; se le ve; se le condena. Pero, cuando el robo es grande, el ladrón es pequeño; no se le ve; no se le condena. Qué juzgáis? Los robos o los ladrones de nuestra palabra, ya que ni siquiera tendríais que juzgarlos?

JUEZ. — Yo no soy juez del mundo. Sos vuestro juez.

PABLO. — Y bien: quién me acusa?

JUEZ. — El dueño.

JUAN. — El dueño de qué?

JUEZ. — El dueño del pan.

TOMAS. — Por qué es el dueño?

JUEZ. — Porque si quiere lo vende y si quiere no lo vende.

PABLO. — Cuando se es dueño de algo, es porque es suyo?

TOMAS. — El que lo vende, no vende lo suyo.

JUAN. — El dueño lo robó.

PABLO. — El es el ladrón.

JUEZ. — Sólo falta que vosotros digáis que tenéis derecho.

JUAN. — No tenemos el derecho de ser ladrones, ni el deber de ser robados.

JUEZ. — De dónde esperáis el pan?
PABLO. – No lo esperamos. Lo tenemos.
JUEZ. — Si lo robáis?
JUAN. – No.
JUEZ. — En dónde?
TOMAS. — En la oración.
JUEZ. — Ah, sí! ... "El pan nuestro de cada día, dásnole hoy ..."
PABLO. — Si todos los días son de la oración.
JUAN. — Si todos los días son nuestros.
TOMAS. — Si la palabra es entera.
PABLO. — Si rompéis la palabra entera en tantos eslabones como una cadena ...
JUAN. — *(Señala el crucifijo.)* Allí está, allí está ...
JUEZ. — *(Mira el crucifijo.)*
PABLO. — *(Señala el crucifijo.)* "Entonces Jesús fue llevado del Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y llegándose a él, el tentador le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se hagan pan. Mas él respondiendo, dijo: "No de solo pan vivirá el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios ..."
JUEZ. — Jesús le contestó a Satanás.
TOMAS. — *(Al Juez.)* Jesús hizo lo que Satanás le pedía?
JUEZ. — No.
TOMAS. — Entonces no le contestó. Es lo que quiere hacer el mundo. Cuando nos pide que le contestemos es para que hagamos lo que él quiere.
JUEZ. — Vosotros no hacéis lo que el mundo quiere?
PABLO. – No. Aunque el mundo sea el poder. Se dice: "querer es poder", pero si es más lo amado que lo querido, no hay ningún poder y todo es el amor ...
JUAN. — Cuando Satanás le propuso a Jesús probar que era Hijo de Dios, le exigió con esta palabra: Di ... di ... di ... que estas piedras se hagan pan... Y Jesús no dijo esa palabra.
JUEZ. — Por qué?
PABLO. — Era fácil entregar la palabra? No es cierto?

JUEZ. — Sí; muy fácil.

PABLO. – Pero, lo que es difícil es entregar la fe de la palabra. Porque Satanás era la autoridad de la palabra. Y Jesús, la fe de la palabra. Siempre que haya palabra, ella no es autoridad; es fe.

JUEZ. — La fe puede perderse.

TOMAS. — Si se entrega. Pero no se pierde la fe. Se pierde el que la entrega.

JUEZ. — Si Jesús hubiera entregado su fe, todas las piedras se hubieran hecho pan. Hay tantos hambrientos...

PABLO. — Por falta de fe o por falta de justicia?

JUAN. — Pero, así como hay hambrientos de pan, hay hartos de pan. Y, no por Jesús. Por el dueño del pan.

TOMAS. — *(Al Juez.)* Estáis equivocado, estáis equivocado. *(Señalando el crucifijo.)* Ved, cómo sangra... Si Jesús hubiera entregado su fe, las piedras no se hubieran hecho pan. No, no, no... Esto es lo que se nos dice para que hagamos de las piedras, nuestro pan. Como no lo entendéis todavía? Si Jesús hubiera entregado su fe para hacer de las piedras, pan, este pan se hubiera hecho piedra; cada vez más piedra; más piedra dura; más dureza, más dureza de la que puede tener una piedra; la dureza de la palabra, la falta de fe, por la que el hombre come piedras, y, no pan, todos los días. Por eso dijo: "no de sólo pan vivirá el hombre".

PABLO. — No dijo: vive el hombre. Dijo "vivirá el hombre.

JUAN. — Porque lo vivido es la muerte.

TOMAS. — El sabía –nos lo hizo saber—, que ese pan nunca sería la fe de la palabra, sino la palabra dura, la piedra de todos los días.

JUEZ. — Pero, por qué no convirtió la piedra en pan? Acaso no le hubiera sido fácil haberlo, si era Hijo de Dios?

PABLO. — Porque para él, para él, que habló como hombre, le hubiera sido fácil convertir la piedra en pan. Lo difícil era que se lo creyeran.

JUAN. — Para él, sí, hubiera sido fácil convertir la piedra en pan; lo difícil es convertir a los hombres sin fe en criaturas de amor.

TOMAS. – Y porque nunca le habrían creído, le hu-

bieran exigido, todos los días, la misma prueba: "Si eres Hijo de Dios, di, que estas piedras se conviertan en pan".

PABLO. — Se le hubiera dado por trabajo lo que es la oración.

TOMAS. — Se le hubiera dado jornadas de piedra, como prueba, como prueba, no de que era Hijo de Dios, sino de que él era el hombre.

JUEZ. — No habéis dicho que Jesús fue llevado del Espíritu al desierto, ayunó cuarenta días y cuarenta noches; y, después tuvo hambre?

JUAN. — Sí. Pero no era hambre de cuarenta días y cuarenta noches. No era hambre de pan. Ayunó de esa hambre. Era el hambriento de fe.

TOMAS. — Si hubiera sido solamente hambre, con entregar el hambre; con venderse él, todos los días, bastaba. Pero, era ayuno de toda palabra traidora; él no podía entregar al hambriento de fe; él no podía venderse, y, recibir el salario de los traidores.

PABLO. — El hombre no vive de hambre muerta. El hombre vive del hambriento eterno, no mata el ayuno profundo de ser libre.

JUEZ. — Qué buscáis? La resurrección?

PABLO. — Sí. La resurrección de la vida; nuestro nacimiento mismo; el creador y la creación, la fe que no necesita ninguna prueba de que el hombre es el azahar y no la rosa.

TOMAS. — El hambriento de fe no entrega su cuerpo, sus ojos, su boca, sus manos, su pecho, sus pies, a la prueba, que, por ser prueba es falsa infinitamente, que le obliga a ser esclavo de Satanás todos los días, o jornalero de su miseria o máscara de su esperanza.

JUEZ. — Somos de carne y hueso.

JUAN. — El cuerpo no es de carne y hueso. La carne. sí, es del hueso, y, en el hueso, se encarna y desencarna la vida para la muerte. El cuerpo, todo él, es su entraña de luz.

JUEZ. — De modo, Pablo que tú no confiesas haber robado un pan.

PABLO. — Cuánto más lo preguntéis, menos se prueba. En que os fundáis?

JUEZ. — Serás, pues, condenado.

PABLO. – Si el que compra al hombre por el pan, si por el pan se compra y se vende al hombre; si existe este ladrón no confeso porque su robo es admitido; y, además e absuelto, cómo podéis castigarme, a mí, que he tomado mi pan, sin dejarme comprar ni vender, como si yo me hubiera robado a mí mismo?

JUAN. — *(Señala el crucifijo.)* Así lo crucificasteis a él.

PABLO. — *(Intenta apoderarse del crucifijo.)* Desclavad al hombre!

JUEZ. — *(Le impide llevarse al crucifijo.)*

(Se hace la oscuridad de inmediato; se escuchan pasos precipitados; vuelve la claridad lentamente; se ve el crucifijo en medio de la mesa; y se rehace la oscuridad, mostrando casi en un relámpago, la figura dolorosa.)

Canto de la paloma

(La misma claridad.)

MARIA. — *(Va al encuentro de Ana.)*

ANA. — *(Desalentada.)* María: corrimos hasta el fin de la noche.

MARIA. — La noche no tiene fin. La noche empieza con el día, y, sigue con el día. Así nos engaña. Pero, los hombres terminarán con el engaño con la noche y el día...

ANA. — *(Animándose.)* No pudimos ver a Juan, ni a tu hermano Tomás.

MARIA. — No viste una luz?

ANA. — *(Oculta sus ojos bajo sus manos.)*

MARIA. – No te guiaba una luz?

ANA. — En la noche?

MARIA. — No en la que tú crees.

ANA. — En cuál?

MARIA. — A las madres les queda la noche en el vientre. Pero, sus hijos son la luz. La luz es tu entraña, Ana... Ahí están ellos.

ANA. – María: nacemos y morimos con nuestro cuerpo.

MARIA. — Sí. Pero, después se entrega.

ANA. — A la muerte.

MARIA. — *(Eleva la voz.)* No. La muerte puede llevarse la vida. Pero, lo que no puede llevarse la muerte, es nuestro nacimiento, porque el cuerpo es de él. Los sabios piensan en la vida y en la muerte. Ignoran que nacemos. Para pensar, hay que pensar en la necesidad de morir. Para nacer, no hay que pensar en ninguna necesidad. Cualquier sistema

de conocimiento que nos imponga la necesidad de entregar nuestro cuerpo, demuestra la miseria de la sabiduría. Por eso se dice: "Bienaventurados los pobres en espíritu".

ANA. — Pero, si son pobres, cómo es que no tienen ninguna necesidad?

MARIA. — Porque son pobres en espíritu; no pobres en necesidad.

ANA. — Y los ricos?

MARIA. — Ah, sí...! Los ricos son pobres en necesidad. Son los únicos pobres. Y, tan pobres que tienen que vivir de los pobres. Pero, los pobres en espíritu, que no son pobres ni ricos, a quienes no les falta lo que le sobra a otros y a quienes no les sobra lo que otros les falta, nacen, incomparablemente, en espíritu...

ANA. — El espíritu nos libera de toda necesidad?

MARIA. — Si hubiera, realmente, alguna necesidad, podría ser una necesidad de saber, aparte y distinta de una necesidad de amar? Por esto, no entregan su cuerpo; por esto no entregan su nacimiento.

ANA. — Y la voluntad?

MARIA. — Cuando todo es necesidad, todo es voluntad. El tirano lo es de sí mismo; nunca es su amo; siempre es su primer esclavo.

ANA. — *(Pregunta no muy segura.)* Entonces, el amor...

MARIA. — Dilo todo, que te salvas...!

ANA. — El amor tiene cuerpo?

MARIA. — Nuestro amor?

ANA. — Sí, sí...

MARIA. — *(Sale y vuelve con una paloma en sus manos.)*

—El amor es amor porque es su cuerpo;
porque hace del cuerpo, su paloma,
con su pico, sus ojos y su seno:
y, es paloma de luz, luz y paloma.

El amor tiene un cuerpo de paloma;
y no hay otra paloma y otro cuerpo;
Házme tu cuerpo, amor! Házme paloma!
Házme amor, con tu luz y tu paloma.

Tus ojos tan abiertos en mis ojos,
en los ojos de luz ya tan abiertos,
que, en esa luz, hace su cuerpo, sola,
la paloma de amor que hace su cuerpo.

Y tu boca...! qué boca de paloma!
Qué dulce pico del amor, tu boca!
De boca a boca, amor tienes la boca
y es el pico de amor de la paloma.

(Muestra la paloma.)

Mira este seno de paloma viva
donde el arrullo de la sangre crece,
y, hace crecer un pecho de paloma
en las palomas de profundo pecho.

El amor es amor porque es su cuerpo,
porque hace del cuerpo su paloma...
Ay, paloma de amor! Ay, luz del cuerpo,
con tu boca, tus ojos y tu seno...!

(Se va y vuelve sin la paloma; a Ana.)

—La paloma vive de la paloma. Y la luz es la paloma...

Elegía del fruto

DAMIAN. — *(Mira a María con visible encono; luego, se dirige a Ana.)* Has visto a Juan?

ANA. — *(Temerosa, no responde.)*

MARIA. — Por qué se lo preguntas a ella?

DAMIAN. — Porque ella debe responder.

MARIA. — No. Tú no debes preguntar.

DAMIAN. – Ella es su madre.

MARIA. — Sí. Pero, no puede responderte.

DAMIAN. — *(Con desasosiego.)* Por qué? Tú vas a impedirlo?

MARIA. — No.

DAMIAN. — *(A Ana.)* Contesta!

ANA. – *(Angustiada: como pidiendo su salvación a María.)* María . . .

MARIA. — No puede contestar. No lo ves?

DAMIAN. — Por qué? Ahora pregunto: por qué?

MARIA. — Porque si ella es madre y tú preguntas por su hijo, ella te responderá por uno que está en todos. Y, tú no lo conoces.

DAMIAN. — Y tú?

MARIA. — Yo sí . . . Me está creando la entraña.

DAMIAN. — Ese es un hijo?

MARIA. — Sí. Porque es un creador.

DAMIAN. — *(Toma violentamente por un brazo a María.)* Un hijo? De quién?

MARIA. — Yo tampoco puedo contestarte.

DAMIAN. — De Juan? *Con más violencia aún.)* Tú eres una . . .

ANA. — *(Pone una mano sobre la boca de Damián.)* No . . .

MARIA. — *(Se libera de Damián.)* Damián: no hay nada que parezcan estar más juntos que el azahar y el fruto; pero no hay nada que estén más separados que el azahar y el fruto.

DAMIAN. — Así debe ser. El fruto debe vivir. La flor debe morir.

ANA. – María te habla del azahar.

DAMIAN. — Ya lo sé. De la flor.

MARIA. — El fruto no es de la flor. La flor lo mata. Como caín a Abel.

DAMIAN. — Quién es Abel?

MARIA. — El azahar. El azahar es del fruto. La flor es del vientre; el azahar es de la entraña; y Abel es el hijo, el azahar de la madre; el creador y la creación.

ANA. — No lo entiendes, Damián.

DAMIAN. — *(Imperiosamente.)* Yo sé lo que digo.

ANA. — Lo que sabes; no lo que dices.

MARIA. — *(Se arrodilla en el suelo; dibuja con sus manos lentamente, la imagen de un árbol.)* Ved . . . El árbol que no florece, el árbol que no es de azahar, muere por la flor, y, su fruto es hijo de la muerte. Desde la raíz, desde la misma raíz del árbol, el fruto sube, clamando: "Dadme mi azahar, dadme mi azahar" . . . Y, desde esa misma raíz, mientras el fruto sigle clamando: "Dadme mi ahazar, dadme mi azahar". . . . La savia de su nacimiento, la sangre en nosotros, se va haciendo el jugo de la muerte. El fruto sube por el tronco, clamando siempre: "Dadme mi azahar, dadme mi azahar . . ." *(Se levanta.)* El fruto sube por las ramas, siempre clamando: "Dadme mi azahar, dadme mi azahar" y, hambriento de él, con el hambre de no haber florecido nunca, con el hambre de que no florecerá jamás, desbordante del jugo de la muerte, seco de la savia de su sangre, lo reciben las hojas. El sol que siempre lo espera, entre las sombras del ramaje, lo entibia para endulzar su amargura infinita; el sol calienta en él, la corrupción materna; y el fruto corrompido cae al suelo. Podéis gritar: oh, padre de los hijos caídos! Luego, lo recogéis del suelo, los lleváis a las hojas; las hojas los llevan a las ramas; las ramas los llevan al tronco;

y el tronco los lleva a la raíz, allí donde comienzan siempre a morir. Este es el árbol que rehacéis muerto, no porque la muerte sea solamente la muerte, sino porque la muerte es la corrupción de la vida. Así es como conocisteis el árbol del bien y del mal; y, perdisteis el paraíso... partisteis la flor en fruto... corrompisteis su azahar. Y, desde entonces, la flor que piensa en flor piensa en el bien y el mal, pero el azahar que se siente en fruto, es el amor. El árbol de la flor, es vuestra eternidad perdida. El azahar del árbol es nuestra eterna alegría. Vosotros estáis ebrios de amargura. Nosotros cantamos porque mecemos. *(Va y vuelve con un cáliz brillante y se lo ofrece a Damián.)* Toma... Bebe... No temas... En este cáliz cada uno bebe su propia culpa. Si tú no la tienes... bebe... bebe...

DAMIAN. — *(Lo toma con miedo, vacilante; rápidamente bebe un sorbo; siente un gusto insoportable, se estremece, se agita...)*

ANA. – *(Con dolor, a María.)* Qué le diste a beber?

MARIA. — Qué bebiste, Damián?

DAMIAN. — *(Con extraña ebriedad.)* He bebido toda la amargura, toda la amargura...

MARIA. — No... Has bebido solamente una gota de amargura. La amargura es una gota, nada más que una gota: una gota pequeña, muy breve; pero, infinitamente amarga; que ponéis en la raíz, y, que con ella, envenenáis al árbol; es la gota, la pequeña y la breve gota de vuestra vida.

DAMIAN. — *(Devuelve el cáliz a María; con una inmensa tristeza.)* Toma... No podrá endulzarse?

MARIA. – Nunca! No hay dulzura bastante para esta sola gota amarga de la vida. Vosotros buscáis endulzarla mientras vivís; y cuánto más la endulzáis, más os es amarga. Porque lo que no podéis endulzar, no es vuestra vida, sino vuestra muerte. *(Toma el cáliz que le devuelve Damián.)* Vosotros os pasáis este cáliz; los muertos a los vivos, y, los vivos a los muertos. Y el fruto que tomáis para endulzaros tiene la amargura de la flor; y no el azahar, con el gusto a amor...

(Arroja el cáliz al suelo; se hace la oscuridad, de inmediato, y, se escucha, largamente, el rodar del cáliz por el suelo...)

Cena del misterio

(Vuelve la claridad mientras se escuchan breves pasos.)

PABLO. — *(Entra.)*

DAMIAN. — *(Detiene, levanta un brazo para castigarlo.)* Vuelve a la cárcel...!

PABLO. — *(Toma el brazo de Damián y se libera del castigo, con violencia.)*

DAMIAN. — Vuelve a la cárcel...! Has huído. Tienes miedo de la justicia.

JUAN. — La justicia no obra con amor. Ella es la que nos teme...

TOMAS. — No has huído, no, Pablo?

PABLO. — Nunca estuve encarcelado. Para que el hombre sea encarcelado, es preciso que se condene a sí mismo Sí... Lo sé. Hay quienes se condenan. Conozco los filósofos de la libertad. No os condenéis a vosotros mismos. Nadie podrá encarcelaros. No sé lo que es huir. Huir no es liberarse. Porque no puede huirse sin llevar consigo la cárcel. Están los que llevan su cruz y se liberan de ella, porque son hombres y no cruces. Y, están los que huyen, llevándose la cárcel consigo, porque son sus carceleros y no hombres, y, no se liberan. Para ser realmente un prisionero se necesita ser su carcelero. Porque cuando uno es su carcelero, cree que no está en su prisión, y, la cárcel siempre se cierra más, en el claroscuro del que está huyendo, del que piensa en liberarse. Tú piensas, Damián. Nunca te salvarás, pensando de prisión en prisión, siendo tu carcelero.

DAMIAN. — El pensamiento no es la libertad?

PABLO. — En la cárcel de uno mismo, hay una pequeña abertura. Por ella, entra un rayo de sol... Tú, qué crees?

DAMIAN. — *(Jubilosa.)* Que es la luz, que es la luz...

PABLO. — No...

DAMIAN. — *(Con ira, ahora.)* Qué es, entonces? Vivo en la oscuridad? Soy ciego?

TOMAS. — Sí. Porque la luz es toda luz.

PABLO. — Lo que tú ves no es tampoco un rayo de sol. Es el último rayo del sol. Porque todo rayo de sol es el último. Y, porque lo último que ves, es el sol.

DAMIAN. — Me niegas que veo con mis propios ojos?

PABLO. — Nunca se es más ciego que cuando se habla de los propios ojos; nunca se miente más que cuando se habla de la propia boca; nunca se roba más que cuando se habla de las propias manos. La propiedad es falsa.

DAMIAN. — *(Amenazando a Pablo, Tomás y Juan.)* De modo que todo lo mío es vuestro...

PABLO. — Ni tuyo, ni nuestro.

TOMAS. — *(A Damián.)* Qué estás reclamando? Tus ojos no tienen más alcance que tus ojos; tu boca no tiene más alcance que tu boca; tus manos no tienen más alcance que tus manos; tu cuerpo no tiene más alcance que tu cuerpo. Tú no tienes ojos, ni boca, ni manos, ni cuerpo... Nunca te alcanzan tus ojos, tu boca y tu cuerpo...

PABLO. — Por eso, te apropias de todo...

JUAN. — Por eso, el todo no alcanza.

TOMAS. — Por eso, tienes una muerte larga, larga...

DAMIAN. — Qué dices? Soñamos?

PABLO. — Soñáis... soñáis con la muerte en la mirada. Desde el día a la noche y desde la noche al día. En el día, la muerte recoge, una a una, en su tul, todas sus estrellas. En la noche, la muerte desprende una a una, de su tul, todas sus estrellas. La estrella de la tarde es la estrella de la mañana. Y ninguna es la luz; y, el tul no es el cielo. Romped el tul de la muerte! Terminad con la noche y el día! Abrid los ojos en los ojos! No miréis con ellos...

DAMIAN. — Qué es el cielo?

JUAN. — El canto de los ángeles. Y, si el cielo se llena de ángeles es porque se llena de canto. Y no hay tierra ni cielo. Hay canto, hay canto, hay canto...

DAMIAN. — Llamáis ángeles a los que tienen alas?

PABLO. — El ángel no es el ángel. El ángel es el vuelo, su canto...

TOMAS. — Satanás es el que tiene alas. No hay más alas que las satánicas, porque no son alas; son llamas...

DAMIAN. — *(Desesperado.)* Llamas? Sí... Yo veo las llamas llevadas por sus sombras; las llamas aterradas por las llamas; las llamas llevadas como locas, retorciéndose, persiguiéndose, levantándose, cayendo... frías, frías, heladas entre sus sombras, sus remordimientos... *(Oculta la cara entre las manos, vacila, parece caer, lo sostiene Juan; se reanima y clama.)* Quiénes sois vosotros? Queréis acabar con la razón?

PABLO. — Quién tiene razón? Aquel que puede tenerla más, ése tiene razón. La razón es, pues, una impostura, la mayor impostura; y para serlo, no le alcanza con ser impostura, necesita la fuerza...

JUAN. — Y sino creyerais en la razón, tendríais algo en qué creer?

DAMIAN. — Vosotros en qué creeís?

TOMAS. — No hay credulidad ni incredulidad.

PABLO. — El creador nace. La creación crece. El creador es la creación.

DAMIAN. — Vosotros cómo os defendéis?

JUAN. — Defender...? qué? Los duros mueren ante otros más duros que ellos.

DAMIAN. — Sois tan inocentes?

PABLO. — Somos culpables?

TOMAS. — No has visto aún que somos uno que está en todos?

DAMIAN. — Quién es? Cómo se llama? Qué nombre tiene?

JUAN. — Quién es? Cómo se llama? Qué nombre tiene la flor del fruto?

DAMIAN. — El azahar.

PABLO. — Lo reconocerías?

DAMIAN. — *(Da algunos pasos, confuso.)*

PABLO. — Lo reconocerías?

TOMAS. — La flor no tiene gusto a flor siquiera.

DAMIAN. — Pero es bella...

TOMAS. — Por qué?

DAMIAN. — Por el color...
JUAN. — Muere por su propio nombre...
PABLO. — El fruto tiene sabor... el del azahar.
TOMAS. — El fruto tiene su entraña... el azahar.
JUAN. — Así es uno que está en todos.
PABLO. — En uno está el azahar.
TOMAS. — Cómo podría llamarse el que es porque está en todos? Cómo puede llamarse? Qué nombre tiene sino el de Señor...?
DAMIAN. — Y vosotros sois el Señor?
PABLO. — El que lo reconoce en él, es él!
DAMIAN. — Así se hizo azahar?
PABLO. — Sí... Yo lo veo cuando toma el pan; lo parte; y se lo da a los discípulos, diciéndoles: "tomad, comed; éste es mi cuerpo. Yo lo veo cuando toma el vaso y se lo da a sus discípulos diciéndoles: tomad, bebed, ésta es mi sangre.
DAMIAN. — Y a él que le dan? Nada?
PABLO. — El da para que toméis, y, si tomáis, él recibe. Quién da más? Quién recibe más?
TOMAS. — El no es usurero... El no es prestamista...
DAMIAN. — *(Mira a Tomás duramente; no le contesta.)*
PABLO. — Este, éste es el misterio del Señor... Cuánto más da, más recibe!
TOMAS. — No te equivoques, Damián. El no da cuerpo por cuerpo y sangre por sangre. El no cambia... él no cambia...!
PABLO. — Acuérdate del látigo para los vendedores de palomas, en las puertas del templo...
TOMAS. — Deja de pensar que el misterio se vende y se compra.
DAMIAN. — Y Judas? Qué pensó Judas?
JUAN. — Judas? Judas pensó que entregaba el cuerpo y la sangre del Señor, en treinta dineros, sin saber que el misterio es inviolable a cualquier precio de esclavitud.
TOMAS. — Todo precio de compra y de venta, cualquiera sea el precio, aún el mayor, el de un imperio, es siempre los treinta dineros. Este comercio siempre tiene el mismo valor: los treinta dineros.

PABLO. — Y Judas os ha dejado la horca en la que os colgáis. Y nunca os liberaréis de ella. El Señor nos da el misterio de la cruz para liberarnos de ella y vivir... La muerte os ahorca. Y el misterio no se crucifica...

DAMIAN. – *(Señalando a Pablo.)* Tú te acercaste a la mesa del Señor?

PABLO. — No. El Señor no tiene mesa. Acercarse a su mesa, es perder el Señor.

DAMIAN. — Nosotros no tenemos mesa?

TOMAS. — Sí. Pero en ella no está el Señor... Vosotros estáis separados, desde la mesa. Nunca podréis acercaros al Señor.

JUAN. — No podemos decir que estamos en torno de él. Porque no estaríamos en torno de él, sino en torno de la mesa.

DAMIAN. — La mesa es él?

PABLO. — La mesa es él. Toma de él y no de la mesa.

TOMAS. — Que hay en vuestra mesa?

PABLO. — Yo pude tomar, pues, el pan y el vino; yo pude tomar el cuerpo y la sangre; yo pude tomar al Señor para decirte: el pan no es pan para que se empiece por él; y, para que él haga ricos y pobres; para decirte: el pan no es pan para venderlo y para comprarlo; para decirte: el pan no es pan para ocultarlo y para probarlo; para decirte: el pan no es pan para ganarlo o para perderlo; para decirte: el pan no es pan para llorarlo y para pagarlo. Que estáis haciendo con el pan? Hambre? Hambre solamente? No... Cuando creéis que todos los días calmáis a los hambrientos de él, ya no hay hambre de pan; tanto lo endurecéis, día por día... ya no hay hambre de pan, porque ese pan de los hambrientos se hace un hambre de ser, un hambre de ser, y somos los hambrientos de nuestro azahar, de nuestro Señor. Por qué endurecéis tanto al Señor dentro de vosotros, que estáis tan hartos de pan? Enterneceos: tomad al Señor que es, todos los días, la ternura del pan: tan tierno, tan tierno, hasta que el pan es el mismo Señor?

DAMIAN. – *(Con ironía.)* Y, sin embargo, te encarcelaron...

PABLO. — No... Aquel pan que yo comí, lo sentí, y, era él; aquella sangre que bebí, la sentí, y, era él; aquel

gustar es gustar y sentir; tomar es tomar y sentir... Y, mis cuerpo que tomé lo sentí y era él... Ver es ver y sentir: sentidos se hicieron luz en mis ojos; se hicieron luz en mi boca; se hicieron luz en mis manos; se hicieron luz en mi sangre; se hicieron luz en mi cuerpo. Yo era la luz...! La luz estaba en la cárcel? Quién podía reconocerme? Mi carcelero? No... El vive en sus tinieblas... Y, hecho luz, yo vine a la tierra, y, soy su nunca vista aurora...

DAMIAN. — *(Oculta la cara entre sus brazos; retrocede lentamente hasta diluir su presencia, a medida que va oscureciendo.)*

La perla viva

I

(Apenas una línea rojiza, tenue, lejos, anuncia que saldrá el sol.)

DAMIAN. — *(Vuelto hacia el oriente, lo señala jubilosamente.)* Va a salir el sol... va a salir el sol...! *(Toma a Juan y a Tomás por los brazos y los hace mirar hacia aquel punto.)* Vosotros que lo negáis, mirad, mirad...

TOMAS. —

JUAN. — *(Se esfuerzan en desprenderse de Damián.)*

DAMIAN. — No... Mirad cómo sale el sol. Sois ciego? Sois ciego...

TOMAS. —

JUAN. — *(Insisten en liberarse de Damián.)*

DAMIAN. — *(Aún los retiene.)* Miradlo... Sois también rebeldes?

TOMAS. —

JUAN. — *(Vencen, por fin, a Damián.)*

DAMIAN. — *(Tomándose la cabeza entre las manos, recorre, unos pasos, desorientado, y clama.)* Estáis locos... estáis locos... *(Se detiene, vuelve hacia donde estaba, mira hacia lo alto, lo señala.)* Pronto... pronto... llegará allá arriba, arriba, brillante, poderoso, hecho de oro, inmortal...

TOMAS. — *(Sentenciosamente.)* Saluda al César, tú que también mueres por él...

JUAN. — Vosotros lo necesitáis tanto para vuestra grandeza como para vuestra bajeza.

TOMAS. — *(Lleva a Damián hacia donde el señaló lo alto, levanta un brazo en esa dirección.)* Mira ... desde allá arriba, muy arriba, caerá después. y caerá siempre desde donde se eleva; cada vez más abajo, porque siempre quiere subir más alto. Ya no es más abajo. Es rebajarse. Tenéis que rebajaros para subir. Sois los rebajados porque sólo vosotros tenéis el único poder, el de rebajaros siempre. El más encumbrado es el más rebajado.

(Se escuchan murmullos tristes y monótonos, que se pierden lejos.)

DAMIAN. — Qué es eso?

JUAN. — Las plegarias sangrientas de la ronda de tus muertos. Se mata para robar. Matáis el nacimiento para robar al hombre. Si no matáis el nacimiento, no podéis robar al hombre. No mintáis ... Cuando salió la paloma del arca y volvió con la paz, la degollasteis. El que volvió tras ella, el que vuelve siempre es el cuervo ...

DAMIAN. — Creéis que hay tanta injusticia? Cuando vuestro hombre estuvo frente a la moneda, qué dijo? Dijo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

TOMAS. — Sí; pero no los pesó en vuestra balanza para decidirlo.

DAMIAN. — La balanza es justa.

JUAN. — La balanza es hipócrita. Sus platillos suben y bajan; pero para hacer justicia, obedecen a un eje duro, frío, indiferente. No era lo mismo para el César y para Dios. No eran dos cosas muertas como son vuestras cosas y vuestros pesos. Cuando el hombre dijo: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, rompió el eje, partió el cuño de la moneda, porque todas las monedas son falsas por su cuño. "Dad al César lo que es del César", es deciros: "Dad al falso, vuestra falsedad, para que sea, siempre, más falso" ... "Dad a Dios lo que es Dios", es deciros: "Ya no podréis comprar y vender con dos caras. Ah, máscaras perfiladas, nuestra cara no se compra ni se vende; es la cara de nuestro nacimiento, sin un día de sol, ni una noche de luna ... Porque el cuño de las monedas se imprimió ya en las palabras del César y las palabras del César están perfiladas como su efigie; y, todos los Césares hablan perfilados y agudos como el filo de sus espadas ...

DAMIAN. — *(Señala hacia el oriente.)* Me negaréis que el sol le da su calor a la tierra?

TOMAS. — A qué tierra?

DAMIAN. – *(Golpea el suelo con un pie.)* A esta, a esta... *(Breve silencio.)*

DAMIAN. — No oisteis? *(Se arrodilla en el suelo y lo golpea con una mano.)* A esta tierra, a esta tierra... *(Se levanta.)*

JUAN. — *(Golpea el suelo con un pie.)* Esto no es la tierra...

DAMIAN. — *(Con asombro.)* Esto no es la tierra? Qué es, entonces?

TOMAS. — *(Golpea, a su vez, el suelo, como Juan.)* Esto es el suelo... Esto es el suelo... Desde aquí sale el sol, y, desde aquí se eleva el sol; y, desde aquí, se va el sol. El sol sale y se pone por el mismo lado; por este mismo suelo...

JUAN. – La tierra está fría de tierra y el cielo está frío de cielo. *(Llama.)* María... María...

II

MARIA. — *(Entra trayendo una cuna de niño; la misma de la canción de cuna.)*

JUAN. — *(La toma y la lleva más cerca, hacia el frente.)*

MARIA. — *(Sigue tras ella.)*

JUAN. — *(Señala el oriente.)* Veis? El sol sale por allá...

MARIA. — *(Toma la cuna por una baranda; y la mueve, hacia la derecha.)*

JUAN. — *(Señala el ocaso.)* Y el sol se pone por allá...

MARIA. — *(Vuelve la cuna en esa dirección.)*

JUAN. — *(Mientras María mece la cuna, acompasadamente.)* Siempre de allá para allá... Así es en esta cuna y en este mundo... El niño que nace y ponéis aquí, aquí muere. De día, el sol os da un calor de cuna; de noche, una cuna fría. Nunca alcanza el calor de cuna para la frialdad de la cuna.

MARIA. — Esta es la cuna del hijo? O éste es el nido de una serpiente... La serpiente no tiene calor en su nido. Lo abandona y se arrastra por el suelo, buscando al sol, siempre con su sangre fría, y su veneno ardiente. Los que envene-

nan su nacimiento, tienen su cuerpo frío, porque su sangre es su veneno. Todas las serpientes son así: de sangre fría y de veneno ardiente...

DAMIAN. — Pero aquí estuvisteis todos y os cantaron la canción de cuna...

MARIA. — Para dormir la serpiente. Las serpientes duermen siempre y hacen, dormidas, el silbido de la muerte.

TOMAS. — *(Toma la cuna, la mece pausadamente.)* Así todos los días, todos los días... De muerte a muerte. *(Señala el medio del movimiento.)* De muerte a muerte con el espacio de esta vida...

JUAN. — *(Hace el gesto de encadenar.)* Así se hace la cadena de muerte a muerte, unida por la vida... La cadena os parece fuerte, muy fuerte, a través de sus eslabones. Y, sin embargo, no hay nada más débil en una cadena, que aquello que une eslabón por eslabón... *(Eleva la voz.)* Hombres, que queréis ser libres, no golpáis sobre los eslabones; cortad, cortad lo que los mantiene unidos; cortad esta vida, de muerte a muerte; y, nunca más estaréis encadenados...

TOMAS. — Si la tierra ha de ser la tierra, le hace falta el cielo. Si el cielo ha de ser el cielo, le hace falta la tierra. Naceremos de luz; y, seremos la nunca vista aurora.

MARIA — Yo os diré cómo se hacen las jornadas. *(Mueve con el dorso, hacia arriba, la mano derecha, elevándola, lentamente; y, haciendo la curva del sol.)* Así se va haciendo el día, porque el sol va haciendo la noche. El sol va moldeando el día, hasta la noche... *(Completa la curva del sol hasta el ocaso.)* y, hace una concha marina, que cae al mar después de haber salido de él... El sol no ha podido tomar ni una gota de cielo; la concha del sol oscurece, y, vacía, con los reflejos de la muerte, como son todos los reflejos; se hunde en el fondo, sin encontrar, jamás, una perla de luz... Todos los días son conchas de sol que caen muertas y oscuras en el mar... Pero, nosotros, no... Nacemos con nuestra gota de cielo, haciendo de la tierra, cielo, y, haciendo del cielo, tierra; tenemos el cuerpo perlado, y, no la concha oscura. Somos el oriente más puro de esa perla, la luz... Un día, yo pasé por la orilla del mar...

(Oscurece rápidamente.)

III

(Vuelve la claridad poco a poco...)

LA MUERTE. — *(Danzando a orillas del mar; le siguen otras danzarinas, a las cuales les ha dado una concha marina oscura y con reflejos.)*

LA VOZ DE MARIA. — Un día llegué a orillas del mar. Y me pregunté: cómo se llega al mar por las orillas? Cuántos lo habrán perdido por buscarlo en las orillas? Sólo escuchan sus playas rumorosas? Dónde estará el mar? Donde está su canto. Ay, la alta mar es el canto; y ni la mar lo tiene... Un día yo llegué a orillas del mar...

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Cruza lentamente a orillas del mar, mirando hacia él.)*

LA MUERTE. — *(Danza, sacando grandes conchas marinas, oscuras y de vivos reflejos, que otras niñas, que danzan con ella, recogen y hacen brillar.)*

LA VOZ DE MARIA. — Y la Muerte me llamó...

LA MUERTE. — *(Llama con sus manos a la Niña vestida de rojo.)* Ven... Te daré una, la tuya, como a ellas... *(Sigue danzando con las niñas; insiste.)*

LA VOZ DE MARIA. — Yo le dije que no...

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Hace signos negativos.)*

LA MUERTE. — Ven... Mira como ellas danzan, alegremente, conmigo.

LA VOZ DE MARIA. — Yo le dije que no.

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Vuelve a hacer signos negativos.)*

LA MUERTE. — Ven...! *(Le muestra una, brillante, que mueve como un espejo.)* Ves? Esta es hermosa... La más hermosa... La hermosura... El mar las hace danzando... *(Imita la cadencia del mar y todas las Niñas la siguen en ese movimiento.)*

LA VOZ DE MARIA. — Y yo le dije que no...

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Vuelve a hacer signos negativos.)*

LA MUERTE. — Por qué no la quieres?

LA VOZ DE MARIA. — Porque no tiene una perla.

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Oculta el rostro entre sus manos.)*

LA MUERTE. — Cómo lo sabes?

LA VOZ DE MARIA. — Yo no lo sé...

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Oculta el rostro entre sus manos.)*

LA MUERTE. — Cómo lo sabes?

LA VOZ DE MARIA. — Yo no lo sé...

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Descubre su rostro y retrocede un paso.)*

LA MUERTE. – Esto no me lo dijo ninguna niña... *(Mira a las niñas que siguen danzando en torno de ella.)* Esto no me lo dijo ninguna de ellas... Tú, lo adivinas?

LA VOZ DE MARIA. — Yo no adivino... Yo veo...

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Se aleja otro paso.)*

LA MUERTE. — Qué ves?

LA VOZ DE MARIA. — Veo que no tiene luz.

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. – *(Señala sus ojos y señala la concha marina que la Muerte le ofrece.)*

LA MUERTE. — Quédate conmigo... Te daré otras más bellas que están en el fondo del mar.

LA VOZ DE MARIA. — No, no... Porque el fondo del mar empieza en la orilla. Y, desde la orilla, se comienza a ser falso. No hay nada que tenga más fondo que la falsedad. Porque es todo falso, de arriba a abajo...

LA NIÑA VESTIDA DE ROJO. — *(Huye.)*

LA MUERTE. — *(Quiere perseguirla, mientras las otras niñas, siguen danzando. En la carrera, despliega sus livianas alas negras, y, se va haciendo la oscuridad.)*

Amanecer en el reino

I

LA VOZ DEL POETA. —
En el cielo estrellado,
no hay estrellas ni cielo.
El cielo está desnudo;
se desnuda de estrellas;
ninguna estrella es alba.

El alba se hace sola;
se hace con las manos;
se hace con los ojos;
se hace con la cara;
y es el cuerpo del alba.

No está en ninguna estrella,
la desnudez del alba,
esa ausencia celeste
de la esencia creada,
que se desnuda en alba.

Las estrellas del cielo,
en estrellas se cambian;
son estrellas cambiadas
van vestidas de estrellas,
en sus muertes nupciales.
Pero el alba que hacemos

es la aurora del cielo,
ya desnuda y eterna,
el misterio del cuerpo,
porque es él, y, es su alba...
(Aclara más.)

PABLO. — *(Entra rápidamente.)* Venid... La tierra se desprende de su cruz. Oid como huyen sus crucificadores, con sus soldados, con sus estandartes, con sus lanzas...

(A lo lejos se escuchan estas fugas.)

DAMIAN. —

PEDRO. —

MARIA. —

ANA. –

(TOMAS. — *(Acuden.)*

DAMIAN. — *(Mira hacia el horizonte.)* Eto que viene es el día; se va la noche.

PABLO. — Esta es el alba sin noche.

PEDRO. — Un alba sin noche?

ANA. – Hemos estado despiertos?

JUAN. — Siempre llevamos la sangre durmiéndose en el cuerpo; enfriándose en el cuerpo; callándose en el cuerpo. Ahora amanece la sangre, ahora, la sangre arde; ahora la sangre canta. El cuerpo se hace luz, porque lo que viene es el cuerpo libre.

TOMAS. — *(Señala el horizonte.)* Ved... Primero, desclava un pie; luego el otro; primero desclava un brazo luego el otro; todo el cuerpo se desclava, y despierto y ardiente crea su canto, se abraza al cielo y la tierra se hace cielo y el cielo se hace tierra. Y el coro de todos los cuerpos despiertos y ardiantes, el coro de los hijos de la tierra y del cielo, canta: "Hágase la luz! Y la luz se hace...

PEDRO. — Con tan pocas palabras?

PABLO. — Entre una palabra que dice que sí y otra palabra que dice no, hay muchas palabras, pero ninguna es la palabra.

DAMIAN. — Ni el rey la tiene?

TOMAS. — El rey no tiene palabra. La palabra es el reino.

ANA. — Y la palabra de Salomón, rey de los reyes?

PABLO. — Los reyes se comparan con los reyes. Porque si tuvieran un reino no tendrían por palabra la comparación. La palabra por real que sea, perdió al reino de la palabra.

ANA. — *(Con angustia; recita.)* "Tus cabellos como manadas de cabras que se muestran desde el monte de Galaad; tu cuello como la torre de David, edificada para muestra; tus dos pechos como cabritos de gama que son apacentados entre azucenas; como panal de miel destilan tus labios, oh esposa, miel y leche hay debajo de tu lengua; y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano..."

MARIA. – Pero, la reina tuvo la palabra del reino y al rey perdido por compararla, le dijo: "Oh quien te me diese como hermano que mamó los pechos de mi madre, de modo que yo te halla fuera, te bese y no me menosprecien". Le llamo "hermano" para beber en los mismos pechos de su madre, porque la comparación no tiene pechos y nadie puede mamar en ellos sino se sienten en el mismo reino.

JUAN. — La palabra de la comparación no es el amor incomparable.

DAMIAN. — De qué reino habláis? Dónde está? Cuándo vino?

MARIA. — Está en todas partes...

DAMIAN. — Eso no es decir dónde está...

MARIA. – Pero eso es decir de dónde viene...

ANA. — Es un reino donde el más pobre puede llegar a ser el más rico?

MARIA. — No. Porque eso sería como esta vida, la misma miseria infinitamente repartida.

PEDRO. — Es un reino dónde el más bajo puede llegar a ser el más alto?

MARIA. — No. Porque eso sería esta vida, la misma bajeza infinitamente repartida.

DAMIAN. — Es un reino donde el más ignorante puede llegar a ser el más sabio?

MARIA. — No. Porque eso sería esta vida, la misma ignorancia infinitamente repartida.

DAMIAN. — *(Con temor.)* Yo lo tengo?

MARIA. — No...
ANA. — Qué hiciste de él?
DAMIAN. — *(Sorprendido.)* No sé... Me lo han robado... *(Grita y se agita.)* Me lo han robado... Hay tantos ladrones...!
MARIA. — No! Los que no lo tienen es porque lo han vendido. *(A Damián.)* Tú lo vendiste...
MARIA. — Lo vendiste, sí porque tu creíste que te daban por él, más de lo que valía; y el que te lo compró, creyó que daba por él, menos de lo que costaba.
DAMIAN. — Por qué dices que es nuestro?
MARIA. — Porque no hay nada más nuestro que aquello que podemos perder...
DAMIAN. — Cómo es el reino?
(Se hace la oscuridad, de inmediato; luego aclara.)

III

EL REY. — *(Entra seguido por cinco esclavas.)*
LA VOZ DE PABLO. — El reino es de rey y de reina. La luz es la reina. Y el rey debe velar por ella. Si el rey se duerme, la pierde; y si la pierde, la sueña. Todos sueñan lo que pierden. El sueño es siempre sueño de perder en él y hasta se pierde el sueño. Se pierde más soñando que perdiendo. Por eso, el sueño es soñar más lo soñado, que lo pierde. Entonces, el rey comienza a andar, soñador y perdido.
EL REY. — *(Comienza a andar, seguido, por sus cinco esclavas.)*
LA VOZ DE PABLO. — Y mientras el rey anda, con un pie hace el día y con el otro pie hace la noche.
EL REY. — *(Mientras anda, la luz se enciende y se apaga cuando levanta un pie y posa el otro.)*
LA VOZ DE PABLO. — Y nunca encuentra a la reina, su luz, porque él va haciendo siempre el día y la noche mientras anda... Pero, de pronto se detiene y grita: Quién me robó la reina? Quién me robó la reina?
EL REY. — *(Hace el gesto que corresponde a la expresión de la voz de Pablo; mientras las esclavas danzan en torno de él.)*

LA VOZ DE PABLO. — El rey cree, entonces, que a la luz, su reina, se la robó alguna de sus esclavas. Porque hay esclavas que tienen ojos de reina; y va mirando el fondo de los ojos de sus esclavas, una por una, y, así, sin encontrar la luz, su reina, hace siempre la noche estrellada que trae el sueño, y nunca la aurora nunca vista...

EL REY. — *(Siguiendo la voz de Pablo, arranca una por una, los ojos de las esclavas...)*

(Se hace la oscuridad, en seguida.)

EL REY. – *(Como si estrellara la noche arroja sobre ella, uno por uno los ojos de las esclavas; y las esclavas que van quedando ciegas, danzan con el Rey perdido en su sueño.)*

LA VOZ DE PABLO. — Y el rey, ciego desde el principio, por haber dejado de velar por la luz, su reina, sigue andando; y, mientras anda va haciendo con un pie el día y el otro pie la noche.

EL REY. — *(Ejecuta lo que dice la voz de Pablo, y la luz se enciende y se apaga a cada movimiento de sus pies como lo hizo antes...)*

(Oscurece.)

LA VOZ DE PABLO. — No soñéis con los ojos dormidos. Despertad con la luz en los ojos. No seáis ciegos por perder el reino. Velad por la luz, por la reina, y será vuestro. Cada uno de nosotros, el reino...

Sueño de las águilas y de las serpientes

(Se hace, lentamente, la luz.)

PABLO. — Un águila salió a descubrir el reino. Voló alto! Muy alto. Las águilas son las que vuelan más alto. Pero, no descubrió el reino. Entonces, agrandó sus alas. Tuvo unas alas inmensas. Así comenzó a hacer del vuelo, un sueño. Y mientras no volaba pero soñaba, agrandó cuanto pudo el sueño, sus alas inmensas. Y, sin poder descubrir el reino, quedó allá arriba, arriba de su sueño, con las alas quietas, inmensamente desplegadas. Y no pudo nunca descubrir el reino.

Otra águila salió a buscar a aquella que no volvía... Voló alto, como todas las águilas. Pero, como no podía descubrir el reino, también agrandó sus alas, soñando que volaba, y, agrandó inmensamente sus alas, pero siempre volaba menos y soñaba más. Y, también quedó allá arriba, de su sueño, con las alas quietas, inmensamente desplegadas...

Y así salieron todas las águilas, unas detrás de las otras, volando alto, como cuando se vuela soñando, agrandando sus alas inmensas, y, quedando suspendidas y quietas arriba de su sueño, inmensamente desplegadas.

Todas las águilas que vuelan soñando, cuanto más alto vuelen, cuanto más agranden sus alas, cuanto más sueñen, nunca podrán descubrir el reino.

Las águilas vuelan muertas.
Las alas son de la muerte.
El vuelo es de la eternidad...

Y lo que no podían hacer las águilas, tentaron hacerlo las serpientes...

Una serpiente salió a descubrir el reino. Se arrastró. Todo lo que puede arrastrarse una serpiente, se arrastró. Y no podía alcanzarlo. Y arrastrándose, soñaba. Creyó que le faltaba cuerpo; y se agregó más anillos. Cuántos más anillos se añadía, menos cuerpo tenía; más se arrastraba soñando, muriéndose en cada anillo y no pudo descubrir el reino.

Otra serpiente salió a buscar a aquélla, porque no volvía; se arrastró cuanto pueden las serpientes; creyó también que le faltaba cuerpo y le añadió más anillos, y, tampoco pudo descubrir el reino.

Y así salieron todas las serpientes, unas detrás de las otras, arrastrándose soñando, añadiéndose cada vez más anillos, y, nunca pudieron descubrir el reino...

Así salen siempre, las águilas y las serpientes, muertas unas en las alas, y, muertas las otras, en sus anillos, para descubrir el reino, y, así seguirán las águilas y las serpientes arrastrándose, arriba o abajo, sin descubrir jamás el reino...

(Se escucha un ruido de alas y de un desliz sobre sl suelo, mientras oscurece.)

Egloga de la luz

I

LA VOZ DEL POETA. –

Cantad, cantad, los hijos de la tierra.
La tierra es, toda, luz; y, toda, tierra.
Nunca verán los días y las noches,
tanta luz, tanta luz en una estrella...

Alborea en el reino de los hombres...
Los esclavos tendrán caras de cielo.
El canto ya lo hacen los creadores;
y la luz es la luz porque la vemos....

II

(Se hace una gran luz roja que parece salir del cuerpo de María.)

MARIA. —

Despierta, azahar dormido,
deja morir la rosa;
no esperes las estrellas;
el alba se hace sola
porque el alba es eterna.

Mirad en mis entrañas
y allí veréis al hombre.
Qué luz tienen sus ojos!
Qué luz tienen sus manos!
Qué luz tiene su boca!

Qué luz que tiene el hombre,
la nunca vista aurora...

F I N

Canto llano

BREVE ANTOLOGIA

III

El grano no grana en él.
Ni la espiga, en ella, grana.
Ni la mies grana en la mies.
Porque hay un grano, solo.
Porque él es el granarse.
Y el creador es la creación.

IV

No siegues para tu pan.
Espigas para tu mies.
No seas tú segador.
El espigador tú seas.
Cuando veas que otros siegan,
tú, espígate;
que si la mies es segándola;
Tu Señor es espigándose.

V

El Señor del canto llano
no tiene el grano en la mano;
tiene la mano granada;
y es granándose su canto.

XIV

El Señor es su casa; no su templo.
El Señor es su cuerpo; no su ruina.
La casa se espiga y se enternece.
El templo se rehace y se endurece.
No hay nada más duro de hacer que el rehacer.
La ruina se rehace, endureciéndola.
Polvo eres y en polvo te convertirás, porque
[eres duro.
Y siempre serás polvo de dureza y no hambre
[de ternura.

XVI

David come su Dios.
Jesús es su Hambre.
David, el salmo.
Jesús, el canto llano.
David, el salmo compuesto.
Jesús, el allanar del salmo.
David, tus manos y tu Dios escucha.
Jesús, tus manos callan y el Señor canta.

XX

Señor, tu arpa es el misterio.
El canto es de tus manos.
Nadie puede escucharte,
por más que quiera saber dónde tienes el arpa;
por mucho que vague en la sombra de su canto,
para hallar el misterio de tus manos.

XXI

Entra al cuerpo por tu canto,
y eres el canto llano;
si tu cuerpo no se allana,
se va el canto por tus manos.

XXII

Los ecos levantaron los muros
y edificaron el templo.
Tú, con el canto desnudo,
elevaste tu cuerpo!

XXIII

Señor, tú no tienes las manos
para que una siga la otra
en la melodía.
Señor, tú no tienes las manos
para que ellas se encuentren
en el acorde.
Señor, tú no las separas ni las unes
para que estén siempre perdidas.
En ellas no hay ni vaguedad ni precisión;
ni soledad ni compañía;
ni adiós ni frecuencia;
ni vísperas ni hoy.
Tomad, comed, éste es mi cuerpo;
tomad, bebed, ésta es mi sangre.
Señor, tú sólo tienes las manos
para que una entre en la otra,
para que seas el Señor fugado,
para que seas el Señor entrando,
para que Jerusalén seas tú mismo,
entrado al canto llano!

XXVI

Si tú no eres el canto llano,
si él no es el Señor del canto,
sólo sabrás tanto como lo que ignoras
e ignorarás tanto como lo que sabes;
sólo sabrás compararte
y compararte es ignorar.
No compares; allana.
Si vacías y vuelves a llenar una espiga,
sólo sabrás que son los mismos granos;
y ni siquiera sabrás cuántos son,
vaciándola y llenándola;
y, menos aún que nunca,
sabrás el que la grana.
¡Cuánto de uno has perdido,
infinitamente!
Cuánto de mies en uno perdido,
hiciste el infinito!
Canto llano de mies,
no mies de granos,
tan de llaneza granado,
tan de canto al allanarse,
cantado nunca cantado,
siempre de canto, cantado,
mi eterno Señor, cantando!

XXVIII

Grana la gracia, Señor,
y, ella es tu grano;
granas tú, que eres la gracia,
y, el Señor, en ti, granando.
El grano que alcanza al grano,
es el que te desgrana;
es el grano, comparado,
y el perdido de tu gracia.
Tu mies, Señor, sólo grana,
de la gracia incomparable
y del Señor de su canto.

XXX

A quién puedo yo compararte,
si yo he de perder tu gracia,
si perdido el canto llano,
no soy tu gracia que canta?

INDICE

Celia Figoli de Basso Maglio

CANELONES 1327 - AP. 20 TEL. 8 77 19

Edición resuelta
por el
Consejo Nacional
en homenaje
al poeta
Vicente Basso Maglio
con motivo de
su desaparición
en Setiembre de 1961

Montevideo,
Diciembre de 1962